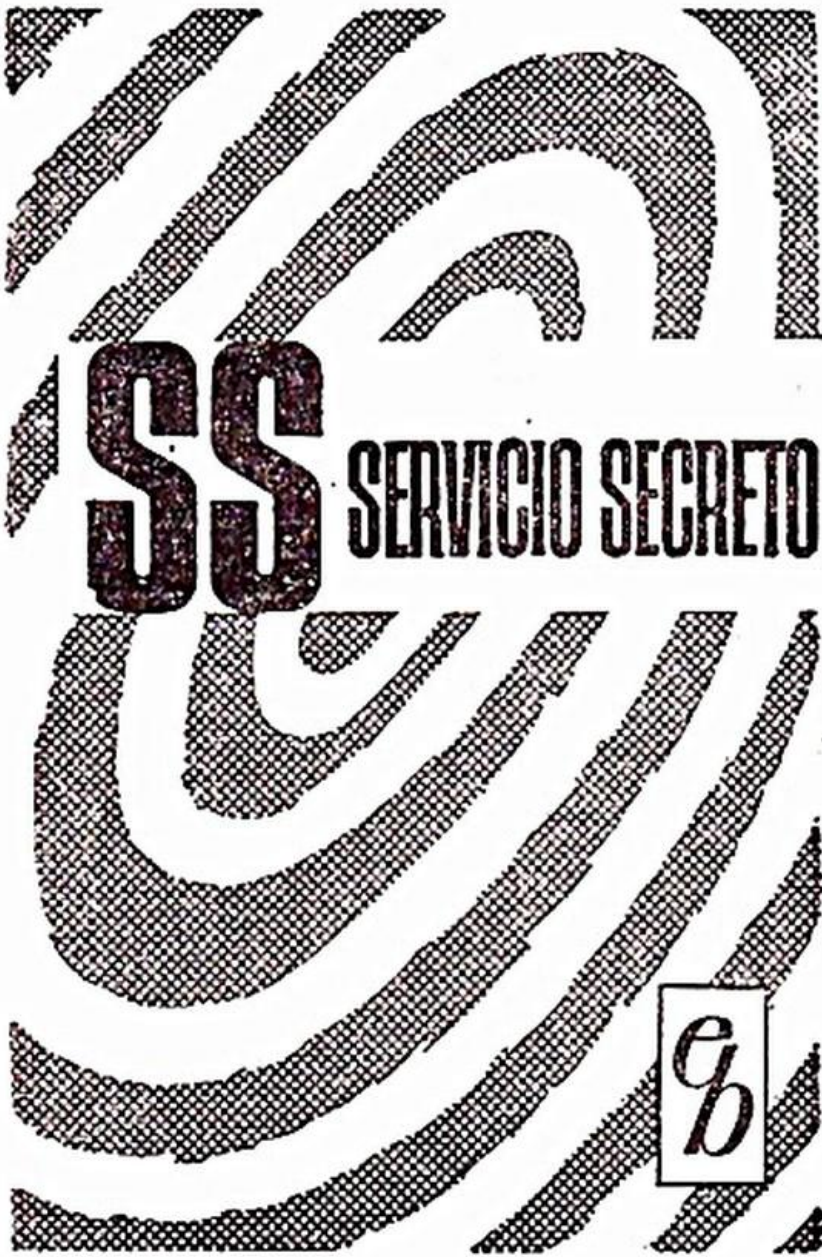




La octava víctima

CLARK CARRADOS





SS

SERVICIO SECRETO



CLARK CARRADOS

LA OCTAVA VÍCTIMA

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 916

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito Legal B 38.866 — 1967
Impreso en España — Printed in Spain
1.^a edición: febrero — 1968

© CLARK CARRADOS —1968
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL-1968
sobre la cubierta

© ALTAMIRA — 1968
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1968

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.051 — Ataque salvaje.

En Colección SERVICIO SECRETO:

895 — El testamento escrito a fuego.

En Colección BÚFALO:

740 — La última partida.

En Colección CALIFORNIA:

486 — Ley de hierro.

En Colección COLORADO:

538 — El orgullo del diablo.

En Colección KANSAS:

427 — El orgullo y la furia.

En Colección BRAVO OESTE:

364 — Asesinato en el fuerte.

En Colección PUNTO ROJO:

285 — Los federales se equivocan.

En Colección SALVAJE TEXAS:

533 — La sed del infierno.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

260 — Los verdugos.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

153 — Ciudad de muñecos.

En Colección ASES DEL OESTE:

453 — Se vende una pistola.

En Colección ALTO SECRETO:

10. — Juego doble contra el F.B.I.

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando oyó pronunciar su nombre por primera vez, Joyce Breffat se volvió en redondo y miró en torno suyo.

Estaba en el tocador de señoras de una elegante cafetería de la Quinta Avenida. Era una hora relativamente temprana, las diez y media de la mañana, debido a lo cual, el establecimiento, que ordinariamente tenía una gran clientela, se hallaba en aquellos momentos casi por completo vacío.

Joyce paseó la mirada por sus inmediaciones. No había duda; el nombre oído era el suyo... pero estaba sola.

El tocador de señoras se hallaba desierto en aquellos instantes. Ella se encontraba en la parte de lavabos, de construcción alargada. A la izquierda tenía tres puertas en hilera; a su derecha, una sola puerta, que era la de acceso al departamento.

—Bien —dijo la voz masculina—, anotaré el nombre. Ha dicho Joyce Breffat, ¿no es cierto?

—Sí, en efecto —contestó otro individuo.

Por un curioso efecto, que Joyce no sabía a qué atribuir, las voces le llegaban un tanto deformadas. Era evidente que uno de aquellos dos hombres la conocía a ella. Joyce estimaba que lo lógico era que ella conociese al individuo.

—Dígame su domicilio, por favor —pidió el primero.

—Quinta avenida, 4566, piso trigésimo noveno, apartamento B-1.

—Magnífico. De modo que lo que usted quiere es...

—Que desaparezca, simplemente.

Joyce se quedó helada de terror al oír aquellas palabras. ¿Desaparecer? ¿Por qué?

—¿Desaparecer... totalmente? —siguió hablando el primer sujeto.

—Bueno, no me importa cómo lo hagan, pero quiero que sea efectivo.

—Hablemos claro, señor Smith... Bien, vamos a admitir que se llame Smith, aunque eso es cosa que no importa ahora. Usted quiere que Joyce Breffat muera, ¿no es así?

—Justamente.

—¿Cuánto está dispuesto a pagar?

—Hasta cinco mil...

—Olvídelo, señor Smith. Por menos de diez mil no nos molestamos en actuar.

—¡Diez mil dólares! —respingó el que se hacía llamar Smith.

Joyce creía estar soñando. Allí mismo, a dos pasos de donde ella se encontraba, dos hombres estaban regateando por el precio de su muerte... lo mismo que si se tratase del precio de una ternera.

—Y al contado, señor Smith; nada de anticipos a cuenta ni billetes partidos por la mitad, ni mucho menos cheques bancarios. Billetes de cinco y diez dólares, corrientes y sin la numeración anotada. Cuando usted haya reunido esa suma, avíseme de nuevo y tendremos mucho gusto en discutir el asunto.

—¡Espere! —dijo Smith—. Le daré los diez mil...

—¿Cuándo? —preguntó el otro, inflexiblemente.

—Tres días. ¿Es bastante?

Joyce se percató de que había una pausa de silencio. ¿A través de qué conducto le llegaba la voz?

—Conforme. Tres días. Una vez haya recibido el dinero. «Matador» empezará a trabajar.

—Y... ¿cuándo se... será?

—Oh, no se puede predecir. «Matador» tiene por costumbre estudiar muy bien los hábitos de sus víctimas, aunque a veces, si ve la cosa fácil, lo despacha en un instante. Pero de lo que no hay duda es que «Matador» cumple los «contratos», señor Smith.

—Muy bien. ¿Le veré aquí, pues, dentro de tres días?

—Oh, no, nada de eso; nunca me gusta tratar de «negocios» en el mismo sitio. Dentro tres días le llamaré yo por teléfono y le indicaré el lugar de nuestro próximo encuentro. ¡Adiós, señor Smith!

Solamente entonces fue cuando Joyce, que durante los últimos minutos había permanecido como alelada, estupidizada, empezó a reaccionar.

Agarró el bolso y se dirigió hacia la salida del lavabo. Tiró del pomo y, tal vez porque lo hiciera con demasiada fuerza, debido al nerviosismo que sentía, quizá porque estuviese estropeado, el caso es que se quedó con él en la mano y, por lo tanto, imposibilitada de abrir para salir al salón.

Joyce casi lloró mientras aporreaba la puerta del lavabo. Al fin, un camarero oyó los golpes y acudió a liberarla.

Cuando apareció en el salón, solo vio a una pareja sentada a una mesa cerca de uno de los grandes ventanales de la calle. Aparte del personal de servicio, no había nadie más en el local.

* * *

Sigilosamente, sin hacer el menor ruido, Gary Kirkson subió las escaleras y alcanzó la puerta del piso, procurando hacer caso omiso de los olores que subían por el hueco de la escalera, ninguno de los cuales tenía nada de agradable.

Llegó a la puerta, sacó una serie de llaves maestras y probó muy despacio, con gran cautela, unas cuantas de ellas. Al fin encontró la que servía.

Abrió con la mano izquierda. La derecha estaba metida dentro de la chaqueta y tenía empuñada la culata de la pistola.

Una vez hubo atravesado el umbral, cerró a sus espaldas. Una débil luz se filtraba por una ranura de las cortinas de la ventana más próxima. De la habitación contigua le llegaba el rumor de una ruidosa respiración.

Kirkson llevaba calzado con suelas de goma. Sin causar el menor ruido, empezó a registrar la habitación.

Al cabo de unos veinte minutos, halló lo que buscaba. Era un sobre de papel, metido en una bolsa de plástico. La dureza del contenido del sobre indicaba a las claras que se trataba de unas fotografías.

El suelo estaba lleno de la tierra del jarrón en cuyo interior había estado guardado el sobre. Las plantas yacían esparcidas al pie de la mesita.

Kirkson sonrió satisfecho. Aquel sobre le iba a reportar un buen pico de dinero. Le había costado tiempo llegar a aquel lugar, pero había merecido la pena.

De pronto se dio cuenta de que el silencio era absoluto en la casa.

No se percibía el menor sonido; ni siquiera el de la respiración del habitante del apartamento.

Todo su cuerpo se puso rígido. Casi en el acto notó en la nuca un levísimo soplo de aire.

El dueño de la casa estaba a sus espaldas. Gary Kirkson actuó relampagueantemente, con una velocidad increíble, al par que con una perfecta coordinación de sus músculos.

Giró en redondo hacia su derecha, a la vez que se agachaba y estiraba el brazo. Oyó una exclamación sofocada y, casi en el mismo instante, todo su antebrazo derecho entró en contacto con un estómago humano.

El dueño del estómago resopló. La botella que tenía en la mano cayó al suelo y se rompió en mil pedazos.

Kirkson se irguió. El otro, sin embargo, era también hombre de rápidos reflejos y contraatacó duramente, agachando la cabeza, catapultándose hacia el pecho del intruso.

Kirkson levantó la rodilla. El ataque quedó frenado momentáneamente. En el acto, Kirkson alargó la mano izquierda, asió un puñado de cabellos y tiró violentamente hacia arriba.

Sonó un grito de dolor. Kirkson disparó su puf o derecho y aplastó una nariz.

El dueño de la casa se tambaleó. Levantó el pie derecho, buscando el muslo de Kirkson. Este saltó lateralmente, pero, al mismo tiempo, movió el brazo izquierdo en arco.

La muñeca golpeó el tobillo de su oponente, haciéndole girar un cuarto

de vuelta sobre el otro pie. Luego cayó al suelo, sentado.

La mano del dueño de la casa se alargó, buscando el cuello de la botella, para convertirlo en un arma cortante. Kirkson saltó hacia adelante y le pisó la mano, arrancándole un chillido de dolor. Luego giró ligera y velozmente, alzó el pie derecho y lo disparó hacia atrás.

—Fue una coz perfecta. El tacón alcanzó la mandíbula del dueño de la casa quien, con un gruñido animal, cayó hacia atrás y se quedó inmóvil.

Kirkson inspiró un par de veces. Sus labios se distendieron en una amplia sonrisa.

—Eres un hueso duro de roer, Macky —dijo entre dientes.

Macky continuaba desvanecido. Kirkson empezó a registrar la casa con toda tranquilidad.

Un cuarto de hora después, tenía los negativos de las fotografías. Macky había montado en su casa un pequeño, pero bien instalado laboratorio fotográfico.

Cuando terminó, el laboratorio era una pura ruina. El contenido de los frascos marchó por el desagüe. Con un martillo, Kirkson pulverizó lentes, objetivos y filtros. Las cámaras quedaron convertidas, en acordeones de pequeño tamaño.

Había también un cajón lleno de negativos. Kirkson les prendió fuego, lo mismo que a las fotografías que encontró, pocas, pero escogidas. Tuvo que poner en funcionamiento el aspirador de aire, a fin de purificar la cargada atmósfera.

Al concluir su devastadora tarea, Kirkson pasó de nuevo al salón. Macky despertaba en aquellos momentos, y se frotaba la mandíbula hinchada con aire entre perplejo y dolorido.

Con actitud de falsa indolencia, Kirkson apoyó el hombro en una de las jambas de la puerta. Sacó un cigarrillo, lo colgó de los labios y lo encendió con toda tranquilidad.

—¿Has soñado cosas agradables, Macky? —preguntó, sonriendo.

Macky le miró torvamente.

—¿Quién es usted? ¿A qué ha venido? —preguntó con hosco acento.

—La señora Van Courtney me encargó un trabajito: recuperar unas fotografías que le hiciste. —Kirkson se palmeó el bolsillo de la chaqueta—. Las tengo aquí, junta con los negativos.

—¿Se las va a devolver?

—Exactamente, eso es lo que voy a hacer, Macky.

—Espere —dijo el individuo, poniéndose en pie—. Esas fotografías valen miles de dólares. La Van Courtney es inmensamente rica y pagará todo lo que le pidamos...

Kirkson le miró despreciativamente.

—Escucha, Macky —contestó—; si hay algo que me dé náuseas en este mundo son los tipos ruines y asquerosos que hacen de su arte un

instrumento de corrupción. Pudiste haber sido un buen, fotógrafo de Prensa... pero derivaste hacia lo más repugnante que conozco, aparte del asesinato: el chantaje.

»No voy a defender la conducta de la Van Courtney; no es una santa, ni mucho menos, pero tiene derecho a hacer de su capa un sayo, cuanto más, que no se mete con nadie ni molesta a otras personas. Es todavía joven y la sangre le bulle como cuando tenía veinte años, pero no tiene un marido ante el cual responder de su buen nombre. Por lo tanto, si quiere... divertirse con alguien, está en su perfecto derecho.

»Y tú no tienes derecho a divulgar actos de su vida privada que solo a ella pertenecen, bajo la amenaza de extorsión. Así pienso yo, y por dicha razón he venido a verte. No sigas más a Ellen Van Courtney o te costará algo más que una paliza, ¿estamos?

Dicho lo cual, Kirkson avanzó hacia la puerta, con ánimo de abandonar el piso.

Loco de ira, Macky le salió al encuentro. Pero los golpes anteriores habían disminuido no poco su vitalidad. Kirkson le dio una vez en el estómago, otra en la barbilla y el paso quedó libre.

* * *

Ellen Van Courtney le recibió con inmenso agradecimiento, que hizo práctico con un succulento cheque de dos mil quinientos dólares.

—Hubiera pagado mucho más... y durante mucho más tiempo —dijo, cuando Kirkson trató de protestar por la cuantía de la recompensa—. Acerté cuando contraté sus servicios, señor Kirkson. Y ahora, me gustaría demostrarle mi gratitud con algo más que un cheque frío y sin calor.

Era una mujer de treinta y cuatro años, hermosa y atractiva. Sus brazos eran mucho más cálidos que el cheque... y Kirkson sentía cierta debilidad por las mujeres hermosas. Fue un agradable complemento de la recompensa, ciertamente.

Anohecía ya, cuando Kirkson llegó a su despacho. Normalmente, operaba solo en sus investigaciones. Sólo cuando el asunto encomendado lo requería, tomaba un ayudante o dos, eventuales, para que colaborasen con él en las pesquisas que debía ejecutar para llevar su labor a buen fin.

Hacía calor y se quitó la chaqueta. Después de lavarse las manos, sacó una botella, puso unos dedos de buen whisky escocés en un vaso, buscó unos cubitos de hielo en el pequeño refrigerador que tenía en un ángulo del despacho y, después de un reconfortante sorbo, se sentó en el sillón, con los pies sobre la mesa.

Encendió un cigarrillo. No se podía quejar; había trabajado duramente un par de semanas, hasta encontrar al chantajista, pero la recompensa había estado a tono con el trabajo. Empezó a pensar en otras dos semanas

de vacaciones en algún sitio tranquilo y solitario.

De pronto, se le ocurrió que no había escuchado la grabadora de mensajes telefónicos. Puso el aparato en marcha y casi en el acto oyó una voz femenina de agradables tonos, pese a la angustia que latía en la súplica:

—Por favor, señor Kirkson, haga el favor de acudir en cuanto llegue, al número 4566 de la Quinta Avenida. Me llamo Joyce Breffat...

CAPÍTULO II

Gary Kirkson presionó el timbre de llamada y esperó. La puerta se abrió apenas veinte segundos más tarde.

—¿Señorita Breffat? —preguntó.

—Sí —dijo Joyce.

—Soy Gary Kirkson. Usted dejó grabado un mensaje urgente...

Ella alargó un brazo de mármol blanca y tiró de él casi con violencia.

—Es cierto —contestó atropelladamente—. Entre, por favor.

Kirkson apenas pudo quitarse el sombrero. Ella parecía sumamente agitada. A juzgar por su expresión, la urgencia no era producto de una mente exaltada.

Además, y con gran sorpresa, se dio cuenta de que conocía a Joyce. Y era una chica que siempre le había gustado, aunque, naturalmente, ella no lo sabía.

Joyce le condujo hasta un rincón situado a pocos pasos del gran ventanal que daba a la pequeña terraza del apartamento. Era una mujer esbelta, delgada, pero sin salientes óseos que afeasen su espléndida anatomía. Kirkson pudo contemplar al natural el maravilloso pelo oscuro que había visto en fotografías en color, los ojos verdosos y los labios que, aun desprovistos de carmín, parecían llenos de vida y de fuego.

Joyce vestía una blusa sin mangas ni hombrera, de color azul pálido, y unos pantalones negros, de tela muy ligera, dada la estación, además de unos zapatos negros, consistentes en una ancha tira que cruzaba el empeine, la cueca y los altísimos tacones, afilados como agujas. En la mano izquierda llevaba una cadenita de oro, con un corazón del mismo metal, pendiente de un par de eslabones.

Ella le indicó un diván.

—¿Qué quiere beber? —preguntó, mirándole fijamente. —Escocés, con dos cubitos de hielo.

—Muy bien, se lo prepararé en el acto, señor Kirkson—. Había un bar cerca y Joyce pasó tras la barra—. Estoy segura, sin falsa modestia, que usted me conoce.

—Sí, es la chica del jabón *Flashstar*. No lo uso, pero leo las revistas gráficas y contemplo la televisión. Es usted más popular que ninguna otra artista de su clase en estos momentos.

Joyce inclinó la cabeza en señal de reconocimiento.

—Sí —contestó—, debo admitir que ser modelo publicitaria me ha conferido una fama notable. —Los cubitos de hielo tintinearón al caer en el vaso—. Pero ahora no me interesa la fama, sino la vida, señor Kirkson.

El investigador la miró con sorpresa.

—¿La vida? —Repitió.

Joyce abandonó el bar con el vaso en la mano.

—Exactamente, señor Kirkson —contestó—. Quieren asesinarme.

Kirkson tomó el vaso, bebió la mitad y volvió a mirarla.

—¿Por qué quieren matarla? —preguntó.

Joyce se sentó en la mesita baja que había frente al diván, juntó las rodillas y puso encima las manos.

—Pues ahí está —respondió—, que no lo sé. Tampoco sé quién va a ser mi asesino... pero que quieren matarme, de eso no hay la menor duda.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó.

—Lo he oído.

—¿A quién?

—Al... contratante y al contratado.

Kirkson asintió.

—El comprador y el vendedor —dijo.

—Metafóricamente, resulta exacto —concordó Joyce.

—Es decir, que usted oyó a un hombre ordenar a otro que la matara a usted.

—Con exactitud, no fue así. Lo que yo escuché es que un hombre contrataba a otro para que me diesen muerte. A cambio de dinero, por supuesto.

—Eso se da por sentado, señorita Breffat. ¿Dónde lo oyó usted?

—En el *Ryadise*, una cafetera situada en esta misma acera, cinco manzanas más abajo. Estaban hablando y...

—Cuéntemelo todo, por favor —pidió Kirkson—. No omita el menor detalle, se lo ruego.

El esbelto pecho de la joven se movió con rápidos vaivenes.

—Entonces, ¿se encargará de defenderme? Puedo pagarle...

Kirkson movió la mano con ademán magnánimo.

—Hablaremos luego del asunto económico. Cuéntemelo todo, por favor —insistió.

Joyce habló durante unos minutos. Seguía sentada en la misma postura casi inmóvil: solo su seno subía y bajaba con un ritmo algo superior a lo normal.

Kirkson la escuchaba con los ojos entrecerrados, espiando cuidadosamente sus reacciones. Al fin llegó a la conclusión de que todo cuanto oía era verdad; Joyce no era una imaginativa ni una buscadora de aventuras.

—Hay algunas cosas que encuentro extrañas —dijo él, cuando Joyce hubo terminado de hablar.

—¿Por ejemplo?

—Usted asegura que se hallaba en el lavabo de señoras. En tal caso, ¿cómo pudo oír el diálogo?

—Resulta incomprensible para mí. Todavía no he podido hallar una explicación congruente para este hecho, señor Kirkson.

—¿Cuánto tiempo hacía que había salido de casa?

—Unos treinta minutos. No tenía ganas de prepararme el desayuno, así que entré en el *Ryadise*. Al terminar, fui al lavabo a retocarme un poco los labios. Entonces fue cuando escuché mi nombre y...

—Se comprende: inmediatamente se sintió atraída por el diálogo.

—Así sucedió, en efecto.

Durante unos momentos, reinó el silencio en la estancia. Después, Kirkson preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que oyó esa conversación?

—Hace cuarenta y ocho horas... Bueno, a las diez y media de la mañana de hoy se cumplieron.

—Lo cual significa que mañana, a las diez y media, finalizarán los tres días de plazo.

—Sí.

—Y míster Smith entregará a... al otro los diez mil dólares, precio de su vida.

—Supongo, puesto que tanto le interesa matarme —contestó Joyce.

—¿Adónde se dirigía usted cuando entró en el *Ryadise*?

—Teníamos que impresionar unas placas para el jabón *Flashstar*. Usted ya sabe que trabajo en una agencia publicitaria...

—Sí, desde luego. Y cuando salió del lavabo, ya no vio a los dos hombres.

—No; solo quedaban una pareja de novios en un rincón y el personal de servicio, naturalmente. El *Ryadise* se anima después del mediodía; antes, está casi desierto normalmente.

—Así que el interlocutor del señor Smith le dijo que» una vez tuviera los diez mil del ala, hablaría con «Matador».

—Sí, así ocurrió.

Kirkson frunció el ceño.

—«Matador» es un asesino profesional, no cabe la menor duda. Es un sujeto, que mata por dinero... que cobra bien sus «trabajos», que es efectivo... y que hasta ahora no ha podido ser aprendido. Tenemos por delante un caso difícil, señorita Breffat.

Ella asintió en silencio. Kirkson continuó:

—Es de suponer que el señor Smith, si tanto interés tiene en deshacerse de Usted, habrá reunido los diez mil dólares, mejor dicho, los terminará de reunir para mañana a las diez y media, más o menos, que es cuando recibirá la llamada telefónica del... representante de «Matador».

—El representante dijo que «Matador» puede tardar días o semanas, o a veces realizar el crimen en el acto, pero que nunca falla. ¡Y yo no quiero morir, señor Kirkson! —exclamó Joyce angustiosamente.

—Trataremos de que sobreviva —contestó él—. Ahora, por favor, explíqueme sus costumbres. Dígame también los nombres de sus amistades y de las personas con quienes trabaja. Todo puede ser útil, señorita Breffat —sonrió Kirkson, mientras sacaba del bolsillo una agenda y un lápiz.

Joyce habló durante unos minutos. Kirkson anotó puntualmente nombres y direcciones y, al terminar, guardó la agenda.

—Haré lo que pueda —manifestó Kirkson—. ¿Tiene usted mañana sesión de trabajó en la agencia?

—Sí. A las once tengo que posar para unas fotografías —respondió Joyce.

—A las diez estaré en la puerta de su casa —aseguró él. Y añadió—: Esta noche, ciérrese con doble vuelta de llave y no abra absolutamente a nadie, sea quien sea. Si le dicen que se trata de un telegrama, que lo echen por debajo de la puerta.

—Así lo haré —contestó ella.

—Yo vendré a esperarla y de aquí, nos dirigiremos al *Ryadise*, aunque separados, por supuesto. Usted repetirá exactamente todo lo que hizo hace dos días; no se ocupe de mí en absoluto, actúe con toda naturalidad, pero repita los movimientos. ¿Ha entendido?

Joyce movió la cabeza afirmativamente.

—Se lo prometo —respondió.

Kirkson se puso en pie.

—Debo retirarme, señorita Breffat... —manifestó—. A propósito, quiero que sepa que es usted una de las pocas, por no decir la única modelo que me ha agradado. Quizá sea un punto de vista personal, pero las demás resultan para mí falsas y sofisticadas. Sólo usted se muestra de una manera enteramente normal, como una chica más... aunque muy bonita, por cierto.

Joyce sonrió, evidentemente halagada.

—Le doy las gracias por sus palabras, señor Kirkson —contestó.

—Tal vez la clave de su éxito haya sido eso precisamente: mostrarse como una chica normal, sin complejos ni preocupaciones.

—Ahora las tengo —dijo Joyce.

—Sí, es cierto —convino el investigador—. Procuraremos quitárselas —sonrió—. Por cierto, ¿cómo se le ocurrió llamarme?

—Hace meses resolvió usted un caso que le dio cierta notoriedad. A pesar de lo que se diga por ahí, no son muchos los detectives privados que aparecen a diario en los periódicos.

—Ordinariamente, no aparecemos —contestó él—. Y no me gusta la publicidad, es decir, cierta clase de publicidad, pero en aquel caso, de rebote, salió una cadena de espías, y claro, tuve que deponer como testigo en el tribunal

—Por eso recordó su nombre. Busqué en la guía... y me contestó una

secretaría mecánica.

—Con todo respeto para la profesión, en mi oficina sobran las secretarías de carne y hueso; al menos, tal como yo tengo organizado mi trabajo —concluyó él—. Bien, no descuide mis recomendaciones y... ¡hasta mañana!

—Hasta mañana, señor Kirkson.

Una vez fuera del apartamento, el investigador encendió un cigarrillo. Había muchas preguntas que se agolpaban en su mente, aunque no encontraba respuesta para ninguna de ellas.

Una, sin embargo, era la más acuciante.

A su entender, era la pregunta básica. Si lograra encontrar la contestación, se dijo, habría resuelto la mitad del enigma.

Tomó el ascensor y bajó al vestíbulo. Salió a la calle. La circulación se había amenguado considerablemente.

Tenía su coche a pocos pasos de distancia y se dirigió para regresar a su casa, pensando con delicia en la ducha fría que le iba a liberar del calor que envolvía su cuerpo. Entonces vio a un hombre leyendo un periódico en las inmediaciones.

El hombre le miró un instante por encima del borde del diario y luego continuó en lo que parecía apasionante lectura de los sucesos. Kirkson hubiera pasado de largo, ya que la actitud del sujeto resultaba enteramente natural, a no ser por un detalle que explotó de súbito en su mente con la violencia de un rayo en una noche tranquila.

Desde donde estaba, podía ver muy bien los titulares del periódico. Recordaba haberlo leído por la mañana temprano, apenas se levantó. A cincuenta metros, un vendedor de periódicos se alejaba, voceando su mercancía con la última edición de la noche.

Por lo tanto, pensó Kirkson, no parecía lógico que el hombre estuviese leyendo un periódico de la mañana. Ello solo significaba una cosa: estaban vigilando el edificio.

CAPÍTULO III

Para Gary Kirkson, la deducción era inmediata: «Matador» tenía la seguridad que le iba a ser pagado el asesinato de Joyce Breffat y empezaba a tomar ya sus previsiones, estudiando —o bien ordenando hacerlo—, las costumbres de su futura víctima, Kirkson decidió comprobar si sus sospechas eran ciertas y, en tal caso, actuar él también.

Fingió que se acercaba al coche. Luego, de pronto, giró un cuarto de vuelta y simuló caminar a pie.

Pasó junto al individuo.

—«Matador» ha dicho que te vayas. Yo te relevaré —murmuró a su oído.

—Está bien —contestó el otro.

Y empezó a doblar su periódico, mientras rompía a andar.

Súbitamente se detuvo y miró a Kirkson con ojos de pasmo.

—¡Usted no...!

Kirkson sonrió.

—Justamente, yo no... lo que sea —contestó, alargando la mano hacia el espía.

El otro le rechazó de un empujón y echó a correr Kirkson se rehízo y salió en su persecución.

—Párate o disparo —dijo sin gritar excesivamente.

Pero el espía no le hizo el menor caso. De pronto, giró a la izquierda y se dispuso a atravesar la avenida.

Corrió unos pasos por la calzada. Un coche clavó las ruedas en el asfalto para no atropellarle, con gran gemido de frenos. El conductor empezó a insultarle, mientras Kirkson, bramando de ira en su interior, se disponía a dar la vuelta al vehículo.

En aquel instante oyó un tremendo golpazo.

Otro coche venía lanzado, por detrás y a la izquierda del anterior. El cuerpo del espía saltó en el aire y cayó sobre el motor, con tremendo estrépito.

El conductor frenó en el acto. El espía salió disparado hacia delante, rodó media docena de veces por la calzada y luego se quedó inmóvil, encogido sobre sí mismo.

Parecía un montón de harapos, de los que ya empezaba a brotar la sangre.

Se oyó un agudo chillido femenino. El conductor del coche que había atropellado al espía saltó fuera, dio dos pasos y se desmayó a causa de la impresión sufrida.

Kirkson apretó los labios. Era dudoso que obtuviese ninguna información; el atropellado se movía débilmente, pero había recibido el

impacto de un coche lanzado que corría a setenta por hora y sería difícil que sobreviviese.

La gente corría ya hacia el atropellado. Kirkson se retiró discretamente; ni el recurso de registrar las ropas de la víctima le quedaba. Además, estimó que no llevaría encima nada que pudiese darle una pista de valor.

—Esa gente trabaja con el máximo de seguridad —se dijo.

Montó en su coche y se alejó sin correr excesivamente, cruzándose con el primer coche policial que acudía en socorro del atropellado.

* * *

Jed Notling era teniente de policía. Algo mayor que Kirkson; eran, sin embargo, buenos amigos. Se habían ayudado mutuamente en algunos casos, pero la amistad derivaba de tiempos más lejanos, en que ambos estudiaba, juntos en la Universidad, aunque cursos distintos

Notling escuchó en silencio el relato que le hizo Kirkson de las amenazas de muerte aún no recibidas por Joyce Breffat. Al terminar el investigador, dijo:

—Así que la chica del *Flashstar* corre peligro de ser asesinada.

—Según me contó ella, así es, Jed; y no hay motivo para dudar de su palabra.

Notling se reclinó en su sillón.

—Hace tiempo que queremos ponerle la mano encima a «Matador». Hasta ahora, no hemos conseguido nada —manifestó.

—De modo que conocéis sus actividades.

—Sí. «Matador» cuenta en su haber con siete víctimas. Pero es un hombre que se envanece de su labor y eso acabará por perderlo.

—¿Cómo? —respingó Kirkson—. ¿Es que hace publicidad de sus crímenes?

—En cierto modo. Cada una de sus víctimas ha sido encontrada siempre con una fotografía suya, no de «Matador», sino de ella misma, encima de su cuerpo o bien en el lugar donde ha sido asesinado. La fotografía representa a la víctima en un momento íntimo de su vida cotidiano: cambiándose de ropa, leyendo, comiendo, escribiendo una carta... en fin, en una actitud completamente natural. Al dorso de la fotografía, invariablemente, hay una inscripción: «Pronto dejarás de hacer esto...» Esto se refiere a lo que hace la víctima en el momento de ser fotografiada.

Kirkson asintió.

—Comprendo. Si está comiendo, le dice, «Pronto dejarás de comer».

—La última de las víctimas de «Matador» recibió una fotografía propia. Era una mujer muy hermosa y estaba probándose unas prendas íntimas recién compradas. La fotografía resultaba altamente sugestiva y el aviso

decía: «Pronto usarás a un sudario en lugar de...». ¿Comprendes. Gary?

—Comprendo, Jed. Eso significa que, en cierto modo, «Matador» es un sádico. Le gusta aterrorizar a sus víctimas.

—Exactamente.

—Y, ¿qué procedimientos emplea?

—No tiene preferencias. Usa el arma más conveniente según la ocasión: puñal, pistola, rifle —en caso de armas de fuego, con silenciador, naturalmente—, y en una ocasión, un cartucho de dinamita conectado al tirador de la puerta. Imagínate cómo quedó la víctima.

—Es un tipo astuto, Jed.

—No cabe la menor duda, Gary.

Kirkson reflexionó unos momentos.

—Pero hay algo que le puede perder —dijo al cabo.

—¿Sí? —preguntó Notling cortésmente.

—«Matador» tiene colaboradores. No actúa solo, sino que hay una serie de tipos desalmados que le ayudan. Al menos, conozco a uno que, digamos, es su representante; el que contrata los asesinatos en su nombre.

—¿Has dicho que le conoces? —saltó el policía.

Kirkson movió la cabeza.

—La frase es inexacta. Quise decir que sé que tiene un representante, aunque desconozco su identidad. Y anoche, un hombre que murió atropellado, estaba ya vigilando la casa de su próxima víctima.

—¿Cómo se llama el atropellado? —preguntó Notling.

—No lo sé. El hecho ocurrió anoche, a las once y cuarto, frente al número 4566 de la Quinta Avenida.

Notling tocó la palanquita del interfono y habló brevemente. Unos minutos después entró un agente en el despacho con una carpeta en la mano.

El policía examinó el atestado referente al atropello. Luego dijo:

—Todo lo que se sabe del sujeto era que se llamaba Cass Dogher, que vivía en la calle 130 Oeste, 870, y que tenía la tarjeta de Seguro de Desempleo. Su profesión era la de técnico en fotografías, pero, a lo que parece, hacía mucho tiempo que no trabajaba ya, si juzgamos por la antigüedad de su tarjeta de desempleo.

—Has dicho técnico en fotografías —exclamó Kirkson.

—Bien mirado, podría llamársele ayudante de laboratorio fotográfico.

Kirkson se acarició la mandíbula pensativamente.

—Joyce trabaja como modelo publicitario —murmuró—. Las agencias de publicidad emplean grandes laboratorios fotográficos.

—Justamente.

—Tendremos que empezar a mirar por esa parte, Jed, aunque será un trabajo sumamente fastidioso.

—Eso opino yo, Gary.

Kirkson volvió a reflexionar.

—Me gustaría ver el expediente de «Matador» —pidió, —Por supuesto.

Unos minutos más tarde, Kirkson se había enfrascado en el examen de una gruesa carpeta, con todos los casos de las víctimas asesinadas por «Matador». El investigador dedicó su atención principalmente a las fotografías que habían recibido las víctimas poco antes de morir.

Todas ellas, invariablemente, habían sido obtenidas con teleobjetivo. Además, tenían un detalle en común: las víctimas habían vivido siempre en pisos altos.

Kirkson recordó que Joyce residía en un ático.

—«Matador» elige a sus víctimas —dijo.

—No te entiendo, Kirkson.

—Ha matado a siete y todas vivían en lugares altos. Es de suponer que habrá rechazado a otras presuntas víctimas en pisos más bajos.

—¿Por qué? —preguntó el policía.

—Todo delincuente tiene sus manías, de las que no se separa jamás, y que a la corta o a la larga, acaban con él. Eso lo sabes tú mejor que yo, Jed.

—Sí, es cierto: y aunque algunos tratan de variar de costumbres, el instinto o el hábito, en la inmensa mayoría de ocasiones, pueden más que ellos y, a la larga, acaban siendo su perdición.

Kirkson movió la cabeza. Se puso en pie.

—Ignoro por qué «Matador» eligió siempre sus víctimas entre las personas que residían en pisos elevados, pero opino que debe haber una poderosa razón para ello, Jed. Quizá la cómoda observación de sus actos...

—Yo también lo creo así, Gary. Te prometo que te ayudaré en lo que pueda, pero tú has de prometerme que me tendrás al corriente de tus investigaciones.

—Eso ni se duda —sonrió Kirkson. Consultó la hora—. ¡Cielos, las diez! Como no me dé prisa, llegaré tarde a mi cita con la chica del *Flashstar*.

—Una mujer encantadora, ¿verdad? —sonrió el policía —Como pocas —admitió Kirkson, sonriendo también. El investigador llegó justo a tiempo de ver salir a Joyce de su casa. Ella le vio frente a la puerta del edificio, pero Kirkson le hizo una señal con la cabeza.

Joyce comprendió y siguió camino, con paso largo y fácil, haciendo volver la cabeza a más de uno. Kirkson caminó a una decena de metros, hasta que la vio entrar en el *Ryaside*.

La muchacha tomó asiento en una mesa. Un camarero se acercó a tomar nota del pedido.

Kirkson esperó a que el camarero se hubiese alejado. Entonces, pasó junto a ella y dijo:

—Vaya a los lavabos cuando termine. Haga lo mismo que hizo ayer.

Joyce asintió. Kirkson continuó su camino y eligió una mesa situada en

un lugar opuesto a la entrada, no lejos de la puerta que conducía a los servicios.

Quince minutos más tarde. Joyce dejó un billete sobre la mesa, tomó su bolso, se levantó y se dirigió hacia los lavabos.

Apenas pasados treinta segundos, oyó la voz del investigador que sonaba clara y distinta, aunque con el timbre algo deformado.

—¿Me oye usted, señorita Breffat? Si es así, dé un golpe con los nudillos en la pared.

Joyce se quedó atónita. ¿Por dónde salía la voz de Kirkson?

El investigador repitió la pregunta.

Joyce reaccionó y golpeó la pared con los nudillos. Kirkson volvió a hablar:

—Bien, ya he descubierto el truco. Ahora, salga del local, vuélvase a su casa y no se mueva hasta que llegue yo. Puede que tarde, pero no se impaciente. Si tiene algún compromiso, cáncélelo con la excusa de que no se encuentra bien. ¿Me ha comprendido?

Sí, Joyce le había comprendido y golpeó de nuevo la pared en señal de asentimiento.

Gary Kirkson usó una vez más su manojito de ganzúas para entrar en la casa donde había vivido Cass Dogher hasta el día anterior.

Cerró una vez hubo franqueado la entrada y examinó el interior del piso. Era modesto, pero confortable.

—Por lo visto, Dogher era un tipo de costumbres aparentemente morigeradas.

Tal fue el comentario que primeramente se le ocurrió apenas hubo contemplado el interior de la casa. Luego, sin más pérdida de tiempo, se puso unos guantes y empezó, a registrar el piso concienzudamente.

Una hora más tarde, su labor recibió la adecuada recompensa en forma de lo que estimó podía ser una pista interesante.

Tratábase de una caja de plástico, envoltorio para paquetes de cigarrillos, con una reveladora inscripción PHOTOGRAPHIC EYE; ART STUDIO.

—Estudio de arte «El Ojo Fotográfico» —murmuró pensativamente.

La dirección del estudio figuraba al pie de la inscripción. Tras unos segundos de reflexión, Kirkson decidió apropiarse de la envoltura.

«Es hora de irse», pensó.

Llegaba a la puerta cuando oyó el sonido de una llave en la cerradura. Precipitadamente, buscó un escondite: el único viable le pareció podría ser un diván que había en un lado de la estancia.

Pasó al otro lado y se acucilló, justo cuando un hombre abría la puerta. Kirkson asomó los ojos y le vio de espaldas... unas espaldas anchísimas, de hércules, por encima de las cuales salía una cabeza de toro.

El forzado entró y cerró sin hacer ruido. Luego pasó a las habitaciones

interiores.

Kirkson se incorporó y sacó el revólver. Era un «38» de cañón corto, rarísimas veces usado, salvo como arma intimidatoria.

Caminó silenciosamente. El gigante estaba registrando el dormitorio de Dogher.

—¿Le ayudo? —preguntó Kirkson cortésmente.

Hubo un momento de silencio. El gigante se quedó Inmovilizado, con la mano derecha metida aún en el cajón de la mesilla de noche.

Súbitamente, el forzado se revolvió con una velocidad increíble en un hombre de su corpulencia. Ya tenía en la mano una almohada y la arrojó hacia Kirkson.

El investigador recibió el golpe de la almohada en pleno rostro. Trastabilló ligeramente y aquello fue suficiente para que la iniciativa pasara a manos del gigante.

Cuando la almohada cayó al suelo, Kirkson vio al hércules que se le echaba encima. Pese a todo, no perdió el revólver, aunque tampoco pudo utilizarlo.

Un enorme puño le golpeó en la mandíbula. De no haber echado la cabeza hacia atrás, Kirkson hubiera perdido el sentido instantáneamente, pero, aun así, quedó sumamente aturdido e incapaz de reaccionar.

Cayó de espaldas, El gigante se inclinó sobre él y le alzó en vilo. Era un sujeto de fuerzas colosales y Kirkson se sintió en sus manos tan indefenso como un chiquillo de pocos años.

El gigante le arrastró hacia la ventana más próxima. Con la mano izquierda le sostuvo contra la pared, en tanto que abría con la derecha.

Kirkson se aterró. La altura no era excesiva, siete u ocho pisos, pero se mataría.

Nuevamente se sintió izado en vilo. Los ojos del forzado ardían de ira.

Lo curioso del caso era, pensó mientras era inexorablemente arrastrado hacia la ventana, que su enemigo no había despegado aún los labios. El forzado actuaba en el más completo silencio, como si fuese mudo.

Entonces, recuperándose parcialmente de su aturdimiento, Kirkson se dio cuenta de que tenía aún el revólver en la mano.

—Suélteme o dispararé —dijo.

El gigante le agarró la mano derecha y trató de apartarla a un lado. Kirkson hizo fuerza en sentido opuesto y, por un momento, su esfuerzo tuvo éxito. Sorprendido, el hércules cedió lo justo para que el arma se apoyase en su costado durante una fracción de segundo.

Sonó un estampido apenas audible. La boca del cañón había explotado sobre las ropas del gigante.

Este se separó de golpe, a la vez que disparaba su puño derecho. Alcanzado en un hombro, Kirkson dio una voltereta y cayó sobre el diván, que crujió amenazadoramente.

Con los ojos llenos de lágrimas, vio que el hércules apagaba a manotazos el pequeño incendio provocado en tus ropas por el fogonazo del disparo. Luego, incomprensiblemente, y sin pronunciar todavía una sola palabra, echó a correr hacia la puerta, la abrió y se lanzó fuera del piso.

Kirkson se puso en pie de un salto y corrió tras él. Salió afuera, justo cuando el gigante iniciaba el descenso, desdeñando el ascensor, salvando los escalones de cuatro en cuatro.

Súbitamente, el hércules empezó a caer hacia adelante.

Kirkson había alzado su revólver de nuevo, pero se detuvo al instante. Con ojos fascinados, contempló la tragedia.

El hércules rodó por las escaleras un par de veces, golpeó contra el muro, salió rebotado y chocó contra la barandilla, que rompió con poderoso impacto. Su cuerpo se precipitó en el vacío.

Kirkson oyó el choque y se estremeció. Comprendió que la bala había causado peores efectos de los imaginados en un principio.

La huida del gigante no se debía a miedo de recibir un segundo balazo, especuló, sino a que escapaba en busca de un médico. Pero no había tenido tiempo; el proyectil había resultado mortífero.

Abajo empezaron a oírse voces. Kirkson, por su parte, empezó a buscar una excusa que le sirviese para salir de aquel grave apuro.

* * *

Mediaba la tarde, cuando llegó al apartamento de Joyce.

La muchacha le abrió tras reconocerle a través de la mirilla. Joyce se asombró de ver el maletín de forma alargada que Kirkson llevaba en la mano derecha.

—¿Qué trae ahí? —preguntó.

—Un espantapájaros —contestó él, sonriendo—. ¿Ha recibido algo de correo? —preguntó.

—Pues... si, hace unos momentos, pero, como usted me recomendó, ordené que me lo echaran por debajo de la puerta. Aún no he tenido tiempo de examinarlo —declaró Joyce, sorprendida por la pregunta.

Kirkson depositó la maleta sobre un sillón.

—Luego la abriremos —dijo—. Vamos a ver el correo.

—Lo tengo aquí —contestó Joyce, señalando una mesita baja.

Kirkson se acercó a la mesita y tomó los sobres. Había al lado una plegadora y empezó a abrirlos sucesiva y rápidamente, extrayendo de su interior el contenido.

Apenas se fijaba en los mensajes escritos. Todo su interés estaba centrado en fotografías. De pronto, al abrir un sobre, creyó haber dado con lo que buscaba, al notar la dureza característica de una cartulina.

Joyce le contemplaba con sumo interés, sin comprender en absoluto sus

manipulaciones. Kirkson abrió aquel sobre y sacó de su interior una fotografía de propaganda de unos *bungalows* de montaña, no lejos de Nueva York —Chasco —dijo entre dientes.

—¿Puedo saber qué busca? —preguntó ella, al fin.

Kirkson examinó el último sobre. Era el preaviso de una factura.

Se volvió a Joyce.

—«Matador» tiene la mala costumbre de avisar a sus víctimas mediante una fotografía de la víctima, obtenida sin que esta se dé cuenta. Al dorso de la misma escribe una frase, en la que dice «Pronto dejarás de hacer esto...», refiriéndose a la acción que la víctima estaba realizando en el momento de ser sorprendida con la cámara. Hasta el momento, que se sepa, ha enviado ya siete fotografías. Joyce abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Es cierto lo que me está diciendo? —preguntó, atónita.

—No tengo el menor motivo para engañarla —repuso el detective dirigiéndose hacia la maleta, que trajo luego sobre la mesa—. Siete víctimas, siete fotografías. Usted puede ser la octava, Joyce... pero le aseguro que lo evitaremos.

Ella sintió que las piernas le flojeaban repentinamente, se sentó en una silla cercana y se pasó una mano por la frente, que encontró cubierta de un frío sudor.

—Me parece estar viviendo un sueño —murmuró.

—En efecto, si yo fuese usted, también me parecería lo mismo —concordó el investigador, abriendo la maleta—. Pero «Matador», a mi entender, ha cometido algunos errores. Vamos a ver si nos aprovechamos de ellos, señorita Breffat.

Joyce contempló el contenido de la maleta con curiosidad que le hizo olvidar momentáneamente sus aprensiones.

—¿Qué es eso, señor Kirkson? —preguntó.

El investigador sonrió.

—Esto es la culata de un rifle —indicó a medida que hablaba—. Esto el cañón, la recámara y los mecanismos de disparo... Este tubo largo y oscuro es un silenciador especial para rifle... y este otro, una mira telescópica de doce aumentos. Un blanco que esté situado a un cuarto de kilómetro de distancia, aparece visto a unas veintiún o veintidós metros... y, por último, un cargador con ocho proyectiles.

—¿Es que piensa matar a alguien? —preguntó ella estupefacta.

Kirkson ajustó el cañón a la culata. Se acordó del gigante. Por cierto que tenía que hablar con su amigo el policía para pedirle datos del mismo.

Procurándose el rifle y sus suplementos, habla perdido casi el resto del día, desde que se separó de Joyce en *Ryadise*. Aún no se explicaba cómo la policía no había entrado a investigar en el piso de Dogher, en donde había permanecido escondido largo rato, hasta que se despejó la situación.

Su suerte fue que nadie relacionó al gigante con Dogher, ni nadie, por otra parte, conocía a aquel forzudo que había querido defenestrarle. Cuando llamaron al piso de Dogher, una vecina oficiosa les dijo a los policías que estaba vacío, por haber muerto atropellado su ocupante víspera. Los policías se habían ido, por fortuna para investigador, sin pedir más explicaciones.

—No —contestó por fin—, no mataré a nadie, a menos que deba defender mi propia vida.

—Pero, entonces, no le veo la utilidad de traer un rifle a casa —alegó Joyce.

—Se lo diré enseguida. El rifle responde a uno de los errores de «Matador» que, a fin de cuentas, no es sino una manía en lo referente a sus víctimas.

Kirkson ajustó el silenciador a la boca del cañón.

—A propósito —exclamó la chica—, esta mañana no me dijo en qué consistía el truco de poder oír desde los lavabos las voces de las personas que hablaban en el salón. Me echó a casa poco menos que con cajas destempladas —se quejó.

Kirkson sonrió suavemente.

—Al pie de la mesa donde yo estaba desemboca uno de los conductos del aire acondicionado —respondió—. Pienso que, de allí, asciende en vertical hasta cerca del techo, por el interior del muro, y empalma con el tubo de la distribución general, otro de cuyos orificios debe quedar justo sobre el lavabo. ¿No ha visto usted una rejilla de forma rectangular, de unos veinticinco centímetros de anchura por medio metro de longitud?

—Sí, creo que sí —contestó la joven.

Kirkson ajustó el punto de mira.

—Entonces, ya tiene la explicación del fenómeno acústico —dijo—. Es simplemente, un periscopio para sonidos, aunque sea una explicación rudimentaria.

—Pero comprensible, señor Kirkson. Lo que no entiendo es cómo aquellos dos individuos se reunieron allí.

—Por varias razones. La primera de todas es la escasa clientela que hay en el *Ryadise* a las diez y media de la mañana, La segunda conecta con la anterior; esto es, necesitaban discreción. Y, por fin, la tercera estriba en que, aparte de que ignoraban se hallaban en un lugar donde se produce un singular fenómeno acústico, lo eligieron por hallarse más apartado de la puerta.

»Tal vez, avanzando incluso en nuestras especulaciones, el señor Smith la vio a usted y quiso que el «representante» del asesino la conociera personalmente.

—Lo cual es un absurdo, dada mi profesión y mi fama —argumentó Joyce.

Kirkson encastró el cargador en la muesca de la recámara, tiró del cerrojo y puso el seguro.

—Hay tipos que no leen los anuncios para nada —contestó.

—Sí, hay tipos capaces de todo —admitió ella—. Antes me habló de los errores de «Matador». Explíqueme algunos de ellos.

—Se lo diré. Por el momento, ha elegido siempre a sus víctimas entre las personas que residen en un lugar elevado. Usted vive en un ático, a noventa metros de la calle.

—Sí, es cierto.

—Otro error es el de rodearse de colaboradores que, por decirlo así, le exploran el terreno. Inevitablemente, a la larga o a la corta, uno de estos colaboradores fallará y entonces le atraparemos.

—Si falla después que me haya matado a mí...

—Procuraremos que falle antes —sonrió Kirkson. Miró a la joven de arriba abajo—. Lleva usted demasiada ropa —le espetó bruscamente.

Joyce respingó.

—¡Oiga...! —empezó a decir en tono de protesta.

—No me lo tome a mal —dijo él presurosamente—. Sólo quería decir que hemos de poner un ligero cebo, si queremos hacer que «Matador» falle. Vaya a su habitación y salga con algo más... ligerito, una blusa bien escotada y unos pantalones cortos, por ejemplo. ¿Es pedir demasiado?

—Según se mire —contestó Joyce, ligeramente irritada. Pero obedeció a pesar de todo, y se dirigió a su dormitorio.

CAPÍTULO IV

Mientras Joyce se cambiaba de ropa, Gary Kirkson se acercó a la puerta que daba a la terraza, aunque procurando no ser visto desde el exterior.

Anohecía ya y Nueva York empezaba a constelarse de millones de luces parpadeantes de todos los colores. Asomando ligeramente la cabeza, Kirkson miró hacia los edificios de enfrente.

Había una gran cortina que podía correrse, de modo que el salón quedase separado de la terraza. Kirkson la corrió hasta la mitad, dejando un espacio libre de unos tres metros.

Luego se arrodilló en el suelo. Sacó un cortaplumas y practicó en la cortina un orificio de unos doce centímetros en cuadro. Joyce le sorprendió cuando estaba terminando la tarea.

—¡Eh! ¿Qué hace? ¡Me está estropeando una cortina que me costó...! —empezó a protestar.

—Si le salvo la vida, esa cortina le habrá salido por una fruslería —respondió él, sin mirarla—. Vaya al bar, prepárese un vaso alto, póngase un cigarrillo encendido y salga a la tumbona que hay en la terraza. Deje lo de mi cuenta.

—Pero, no entiendo...

—Haga lo que le digo —atajó él un tanto secamente.

Joyce acabó por obedecer, si bien un tanto desconcertada. Incluso se sofocó cuando él añadió otra indicación:

—Adopte una posición lánguida, pero Incitante.

—¡Oiga! Pero, ¿quién se ha creído que soy yo? —exclamó ella furiosamente.

—La chica del *Flashstar*. Monísima, con esa indumentaria —respondió él alegremente.

—¡Oh! —dijo Joyce, sofocada hasta la raíz del cabello Mientras tanto, Kirkson había sacado de la maleta un par de potentes prismáticos de Marina, con los cuales empezó a examinar los edificios fronteros.

Pasaron algunos minutos.

—No sucede nada —se quejó Joyce.

—Tenga paciencia. Cuando se aburra de estar en la tumbona, pásese por la terraza.

Un cuarto de hora después, Joyce preguntó:

—Señor Kirkson, ¿por qué quieren matarme?

—Si supiera la respuesta, conocería al tipo que ha contratado a «Matador». El resto sería sumamente fácil.

Ya había llegado la noche. La temperatura había cedido ligeramente, pero seguía siendo muy elevada.

—Señorita Breffat —dijo él de pronto.

—¿Sí?

—¿Conoce usted un estudio de arte titulado *Photographic Eye*?

Joyce demoró la respuesta unos segundos.

—No, no lo he oído nombrar nunca —dijo al cabo. Pacientemente, Kirkson continuaba su observación tras la cortina y a través del hueco abierto en la misma. De pronto, todo su cuerpo se puso rígido.

—¡No se mueva! —ordenó.

Joyce obedeció en el acto.

—¿Ha visto algo? —preguntó a media voz.

—Sí, a un tipo con una cámara de cañón.

—¿Eh?

Frente a la terraza, en la casa del otro lado, en una habitación situada a un nivel superior en dos pisos, había un sujeto con una cámara fotográfica dotada de un potente teleobjetivo, que parecía un cañón. El sujeto tenía la cámara enfocada hacia la terraza y, resultaba obvio, estaba obteniendo sucesivas fotografías de la muchacha.

Kirkson cambió los prismáticos por el rifle y miró a través del visor telescópico. Quitó el seguro, apuntó con cuidado y esperó.

La distancia era de unos ciento veinte metros. La mira telescópica hacía que el blanco estuviese aparentemente a diez metros de distancia.

Kirkson aguardó a que el fotógrafo hubiese terminado su labor. Entonces le vio retirarse de la ventana y dirigirse a una mesa, en la que depositó la cámara, para guardarla en la caja donde la había transportado.

Apretó el gatillo.

La cámara pegó un salto al recibir el impacto de un proyectil de casi ocho milímetros de calibre. El fotógrafo también saltó.

El rifle era automático. Tranquilamente, Kirkson apuntó de nuevo y volvió a disparar.

Esta vez, la cámara se dividió en dos mitades. Con su tercer disparo, Kirkson hizo saltar el teleobjetivo. Lo vio todo tan bien, que pudo ver volar por los aires los fragmentos de las lentes despedazadas por el proyectil.

El fotógrafo se había tirado al suelo y esperaba a que pasase aquel inesperado chaparrón de tiros. Kirkson dejó pasar unos minutos.

—¿Contra quién ha disparado? —preguntó ella. Los disparos habían sonado muy débiles, pero Joyce había oído los sordos chasquidos de las detonaciones, casi completamente amortiguadas por el silenciador.

—Contra alguien que quería recrearse contemplando luego sus piernas —contestó él bienhumoradamente.

La mano y un brazo del fotógrafo se hicieron visibles de pronto. Había estado agazapado bajo el antepecho de la ventana y ahora quería recoger los restos de su cámara para llevárselos.

Kirkson hizo fuego por tercera vez y la caja voló por los aires. El fotógrafo, aterrado, se tiró al suelo nuevamente.

Acto seguido, Kirkson puso el seguro al rifle, lo dejó bajo un diván, se incorporó de un salto y corrió hacia la puerta.

—¿Adónde va? —preguntó Joyce.

—No se mueva de casa ni abra a nadie —contestó él—. Salga de la terraza y cierre también la puerta.

No dijo más; un segundo después, corría por el pasillo al ascensor.

Pese a las advertencias del investigador, Joyce permaneció en la terraza, mirando hacia abajo, hasta que le vio aparecer en la avenida. Con paso tranquilo, Kirkson cruzó el arroyo, pasó al otro lado, examinó los coches detenidos un momento y, al fin, se metió en uno de ellos.

Kirkson creyó que aquel vehículo podía corresponder al fotógrafo. En la repisa de la ventanilla posterior había visto unas revistas para aficionados a la fotografía. Encogido en el suelo del asiento posterior, esperó unos minutos.

La puerta se abrió al fin y un hombre hizo oscilar las ballestas del vehículo, que arrancó de inmediato a toda velocidad. Kirkson continuó escondido todavía un buen rato, hasta que el automóvil hubo salido a zona menos frecuentada.

Entonces se sentó en el asiento posterior y aplicó el revólver a la nuca del conductor.

—Siga como hasta ahora y no haga el menor ademán sospechoso —ordenó tranquilamente—. Eso que tiene apoyado en la nuca es un revólver... y dispara balas como las que le han destrozado la cámara.

El conductor se estremeció fuertemente, de tal modo, que el automóvil osciló a un lado y a otro. Kirkson emitió un grito de advertencia.

—¡Cuidado!

—¿Quién es usted? ¿Por qué me apunta con un revólver? —preguntó el fotógrafo.

—Aquí, las preguntas las hago yo —contestó Kirkson—. ¿Dónde vive?

El fotógrafo le dio su dirección. Correspondía a una calle de Greenwich Village.

—Muy bien, vamos a su casa —dijo Kirkson—. Cuando desembarquemos, recuerde una cosa: pórtese con toda naturalidad; mi revólver estará enfundado, pero puedo sacarlo y hacer fuego en medio segundo. Y recuerde también mi puntería. ¿Valía mucho el equipo fotográfico? —preguntó de pronto.

El hombre casi se echó a llorar.

—Miles de dólares —gimió—. Me lo ha destrozado usted...

—Agradezca que no le destrocé la sesera —dijo Kirkson despiadadamente—. Podía haberlo hecho y nadie me hubiera acusado del crimen, pero me será más útil vivo que muerto. ¡Siga!

Treinta minutos después, los dos hombres se apeaban en una calle de Greenwich Village, el barrio bohemio de Nueva York. El sujeto había dicho llamarse Richard Case y, efectivamente, era fotógrafo de profesión.

—Lo comprobaremos cuando vea su domicilio —dijo Kirkson.

Minutos después. Case abría la puerta de su piso. Una vez dentro, Kirkson, precavidamente, desenfundó el revólver.

—Siéntese y ponga las manos sobre las rodillas —ordenó—. Si las mueve, le mataré.

Case obedeció, temblando de miedo. Era un hombre de unos treinta y siete años, de regular estatura y aspecto corriente. A Kirkson le pareció que no podía ser el asesino, pero, a pesar de todo, no podía confiar en nadie relacionado con el asunto.

No tardó en comprobar que, efectivamente, Case era fotógrafo.

—Independiente, ¿eh? —dijo, sentándose frente a él.

—Sí. Acepto encargos y hago reportajes gráficos por mi cuenta, que luego vendo a las agencias o a quien me los compra.

—Aparte de las fotografías para «entendidos».

Case se sonrojó.

—Hay que ganarse la vida —se excusó.

—De la manera más sucia y asquerosa que conozco —dijo Kirkson—. Pero no quiero discutir con usted de moral; ni siquiera conoce el significado de esa palabra. Dígame, ¿por qué hacía fotografías de Joyce Breffat?

—Me lo encargaron —contestó Case.

—¿Quién?

—No lo sé. Recibí una carta y... Espere, se la enseñaré...

—¡Luego! —atajó Kirkson secamente—. Explíquemelo de palabra.

—Bien... recibí una carta con... con instrucciones. Tenía que obtener varias fotografías de la señorita Breffat, no importaba la postura ni la indumentaria, con tal de que salieran nítidas.

»Debía revelarlas y ampliarlas a un tamaño de postal, más o menos. Una vez conseguidas las fotografías, tenía que esperar una llamada.

—¿Telefónica?

—Supongo —dijo Case.

—¿Y usted hizo esas fotografías solo porque se lo ordenaron en una vulgar carta? —preguntó Kirkson, extrañado.

—Bien... dentro de la carta había cinco billetes de a cien dólares. Era un excelente precio para un reportaje y no me pedían nada fuera de lo extraordinario, así que acepté.

—¿Alquiló el piso situado frente al ático de la señorita Breffat?

—No. La llave venía también dentro de la carta. El... que me escribió, me daba instrucciones para poder hallar el ático de Joyce Breffat. Eso es todo, se lo juro —concluyó Case, invadido por un pánico cervical.

—¿Dónde está la carta? —preguntó Kirkson.

—Se la entregaré ahora mismo —respondió el fotógrafo.

Kirkson le dejó que se pusiera en pie. Case se dirigió hacia un escritorio cercano, seguido inmediatamente por Kirkson, quien estaba dispuesto a no separarse de él.

Case extrajo la carta. Kirkson la leyó rápidamente.

—No me ha mentado usted —dijo—. Pero, según observo, el autor del mensaje no dice que espere una llamada, sino instrucciones. Al menos, así lo deduzco yo.

Case se encogió de hombros.

—Creí que podría referirse a una llamada telefónica —alegó.

Kirkson se mordió los labios.

—Usted me parece inocente, aunque creo que se ha metido en un lío más gordo de lo que sospecha. ¿Quiere colaborar conmigo o prefiere que lo «enchirone»? Algunas de las fotografías que guarda usted... ¡Ejem! Es preferible no hablar de ellas, ¿comprende?

—¿Qué he de hacer? —preguntó Case obsequiosamente. Todavía no se le había pasado el susto recibido al ver volar su cámara por los aires, como consecuencia de los impactos de los proyectiles.

Kirkson le entregó una tarjeta, en la que hizo unas anotaciones:

—Aquí tiene mis dos teléfonos; el de casa y el de mi despacho. Si no me encuentra en ninguno de los dos, llame al teniente Notling de la Policía.

—Sí, señor. Le prometo hacerlo.

—Lo hará —dijo el investigador duramente—. Lo hará —repitió—, cuando tenga las instrucciones necesarias para entregar las fotografías. Si le llaman por teléfono, diga que las ha obtenido. ¿Estamos?

—Sí, desde luego —contestó Case.

—Después de recibidas esas instrucciones, y una vez que se haya comunicado conmigo, no haga más. Yo le diré cuál debe ser su comportamiento... ¡y si se separa una sola línea de mis órdenes, le arrancaré el pellejo a tiras!

Kirkson se dirigió hacia la puerta, confiando en haber impresionado a Case lo suficiente para hacerle obedecer ciegamente sus órdenes. En el bolsillo llevaba la carta escrita por «Matador», que pensaba entregar a su amigo el policía, para que la enviase al laboratorio.

Cuando estaba a punto de salir, recordó una cosa. Volviéndose hacia Case, le preguntó:

—¿Conoce usted un estudio de arte llamado *Photographic Eye*?

—No, señor; no lo he oído en mi vida —respondió Case. Kirkson hizo una mueca.

—¡Valiente fotógrafo! —masculló.

Y salió de la casa.

CAPÍTULO V

El apartamento desde el cual había impresionado Case sus fotografías estaba desierto.

Case, aterrado, había terminado por abandonar la cámara y sus suplementos. Kirkson lo recogió todo cuidadosamente, dejando como único rastro algo que no podía quitar por el momento: las huellas de los impactos. Sin embargo, se le había ocurrido un medio para borrarlas.

Cuando llegó a su casa, había pasado ampliamente la medianoche. Después de un remojón en el cuarto de baño, se puso el pijama y fue a la cocina para hacerse un poco.

Apenas había puesto el agua al fuego, sonó el teléfono. Rebajó la llama del gas y salió al vestíbulo.

Levantó el aparato.

—Habla Kirkson —dijo.

—¡Gracias a Dios! —sonó la voz de Joyce—. Hace más de dos horas que le llamé... ¿Dónde ha estado, señor Kirkson?

—Trabajando para usted, señorita Breffat, ¿qué se creía?

—Dispénseme, no quise enojarle —rogó Joyce—. Pero le vi salir del edificio frontero y meterse en un automóvil.

—Era el del fotógrafo. Estuvimos hablando un buen rato.

—¿Consiguió algo de provecho?

—Según se mire. Por el momento, creo que el tipo no tiene nada que ver con el asunto, excepto por el hecho de obtener las fotografías que yo le estropeé a tiros. Pero las hizo por encargo y ni siquiera conoce al que se lo encomendó.

Le explicó a Joyce los detalles de su entrevista con Case. Al terminar, ella preguntó:

—¿Cree que «Matador» tardará mucho en comunicarse con Case?

—No tengo la menor idea, aunque presumo que no pasará de un día o dos. «Matador» sabe que hoy o mañana Case tendrá las fotografías listas... es decir, se lo supone por lo tanto, es lógico presumir que, a partir de mañana le dé instrucciones para entregárselas.

—Lo más lógico es que le dé una dirección, falsa, desde luego, y para que se las envíe por correo.

—Pudiera ser, aunque hay otros medios de entregar la «mercancía».

—¿Cuáles?

—Bien... por ejemplo, indicando que deje las fotografías dentro un sobre en determinado lugar, donde luego pasará él a recogerlas. Es menos arriesgado que el correo aunque sea a una dirección falsa.

—Sí, desde luego. Pero, ¿por qué esa manía de enviar una fotografía a su futura víctima?

—Quizá tiene la mente ligeramente desequilibrada disfruta por anticipado, pensando en el pavor que causa sus mensajes de muerte. Otra explicación no se me ocurre... pero sigo pensando que hay algo que me preocupa más.

—¿Qué es, señor Kirkson?

—Los motivos por los cuales quieren asesinarla.

Joyce hizo una leve pausa. Luego dijo:

—No tengo la menor idea, se lo confieso.

—Igual me pasa a mí —suspiró el investigador—. Si no hubiese ya antes siete precedentes, diría que es un caso de celos.

Joyce rio nerviosamente.

—No es por presumir, pero si todos los pretendientes a quienes he desdeñado hubieran pensado en matarme, estaría muerta ya hace muchísimo tiempo, señor Kirkson —declaró.

—Me lo imagino —contestó él—. Bien, con su permiso...

—¡Espere un momento! —rogó Joyce—. ¿Se da cuenta de que no hemos hablado ni una sola vez del asunto económico?

—Bueno, lo haremos cuando resuelva este asunto, no se preocupe.

—Si lo logra, pásame una minuta despiadada. Gano un buen sueldo, señor Kirkson, y todo lo que tengo ahorrado lo daría de muy buena gana por evitarme estos quebraderos de cabeza.

—Seré implacable con la factura —contestó él riendo—. Buenas noches, señorita *Flashstar*.

—Buenas noches —se despidió la muchacha.

El agua hervía furiosamente cuando regresó a la cocina. Se preparó el té y, sin saber por qué, se sintió extrañamente contento de que la chica del jabón *Flashstar* tuviese el corazón libre.

—Ella soltera, yo soltero... —tarareó.

Pero luego pensó: «Todas las modelos acaban casándose con millonarios». Y aquella idea le amargó tanto, que acabó arrojando el té a la fregadera.

* * *

Por la mañana, lo primero que hizo fue entrevistarse con el administrador del edificio desde donde Case había impresionado sus frustradas fotografías.

El administrador resultó ser un sujeto pulido y atildado, apellidado Davis, impecablemente vestido, con una camelia blanca en el ojal de la solapa. A las preguntas del joven, se excusó con toda cortesía, manifestando que el apartamento que deseaba estaba ya alquilado.

—¡Cuánto lo siento! —dijo Kirkson hipócritamente—. Era un lugar para mí y... ¿Me permite que lo examinemos juntos, señor Davis?

—No sé si debo... El inquilino no está ahora.

Kirkson usó la mejor de sus sonrisas.

—Precisamente porque no está —dijo—. Además, me convendría que me diera usted su nombre y dirección. Así podría yo entrevistarme con él y tal vez llegase a convencerle de que me cediese el piso.

—Bueno —respondió Davis—. Él se llama Harrison Guttenthord... un nombre más bien raro, por supuesto, y su anterior domicilio... A ver, deje que consulte mis libros...

Kirkson anotó el nombre y la dirección que le facilitaba Davis. Uno y otro, estimó, eran falsos, pero no por ello debía descuidar ninguna pista, aunque fuese la más deleznable.

Al fin, Davis se dejó persuadir y le acompañó hasta el piso de Guttenthord. Lo primero que vio el administrador fueron los impactos de las balas de rifle.

—¡Santo Dios! ¿Qué ha pasado aquí? —preguntó.

Kirkson se inclinó hacia uno de los muros.

—Juraría que es un impacto de bala —dijo—. Quizá el señor Guttenthord se ha entretenido haciendo ejercicios de tiro al blanco.

—¡Imposible! ¡Los disparos se habrían oído de inmediato!

—Olvida usted que hay silenciadores, señor Davis.

El administrador miró a Kirkson de hito en hito.

—Ah, sí es así, no le toleraré que siga habitando el edificio —manifestó tajantemente—. Sólo me faltaba eso; un loco que toma uno de mis departamentos como galería de tiro.

Kirkson sonrió. Había llevado a Davis al punto que deseaba desde un principio.

—En tal caso —dijo—, cuando haya reparado los desperfectos, avíseme. Comprenderá que, si habito este piso, no voy a tener a la vista los impactos de los proyectiles.

—Antes de mediodía no quedará ni rastro, se lo prometo —afirmó el administrador.

Kirkson le entregó una tarjeta.

—Avíseme cuando haya solucionado este enojoso asunto. Y, por favor, no le diga nada al señor Guttenthord que ya tiene un nuevo inquilino.

—Desde luego. ¡Cuando le vea...!

—Cálmese, amigo mío —dijo Kirkson con acento benigno—. En todas partes hay locos. Imagino que Guttenthord deba ser uno de ellos, pero ha actuado a tiempo y se ha librado de un problema. A propósito, ¿es hombre de muchas fuerzas?

—¡Si no lo he visto siquiera! ¡Recibí una carta con el importe anticipado de un mes de alquiler! —manifestó Davis—. No es corriente, pero tampoco es la primera vez que me sucede.

—¿Y la llave?

—Se la remití por correo a la dirección indicada, tal como él disponía. Eso es todo lo que sé, por ahora.

Kirkson sonrió.

—Ha sido usted muy amable, señor Davis —manifestó.

—A su disposición, señor Kirkson —contestó el administrador obsequiosamente—. ¿Sabe? siempre me ha gustado conocer a mis inquilinos personalmente. Uno los estudia y... bien, saca las consecuencias lógicas acerca de cada caso.

—¿Qué en el mío, son...? —preguntó Kirkson sonriendo.

—Una garantía de que tengo inquilino para años —declaró Davis ufanamente.

«Pobre —pensó Kirkson—, si supieras que no pienso alquilarte el departamento. Lo único que me interesa es evitar que «Matador» llegue y vea los impactos. Podría sospechar algo, cosa que no me conviene en absoluto. Por lo demás, el precio del alquiler es demasiado para mí. Lo siento, señor Davis».

Treinta minutos más tarde, estaba frente a su amigo Jed Notling.

—El hércules que se despeñó por la escalera se llamaba Jerry Comiss, Su oficio: matón en un local de billares y otras cosas de la calle Noventa y Ocho oeste. Nadie sabe por qué estaba allí, es todo cuanto puedo decirte —le informó el policía.

Kirkson puso sobre la mesa el envoltorio para cigarrillos.

—Yo te lo diré —respondió—. Buscaba esto.

Notling se inclinó sobre la caja y leyó las inscripciones.

—De modo que Dogher trabajaba en *Photographic Eye* —murmuró.

—Eso se deduce. Y todo este asunto está envuelto en fotografías, Jed.

Notling miró a su amigo.

—Es cierto —concordó—. Sin embargo, Joyce Breffat es la única de entre las víctimas de «Matador» que tiene la profesión de modelo publicitario.

—Pero «Matador» quería obtener unas cuantas fotografías de ella. Esa manía es lo que me preocupa, Créeme.

—A mí también —dijo Notling—. ¿Piensas ir a visitar los de *Photographic Eye*?

—Tal vez más tarde. No sé si ellos tienen alguna relación con este caso.

—De todas formas, avísame de lo que hagas. Supongo que te habrás imaginado que nosotros investigamos por nuestra parte.

Kirkson se puso en pie y sonrió.

—No eres tonto, Jed. Ah, a propósito, quiero ver algo en las fotografías del *dossier* de «Matador» que se me pasó por alto el otro día.

—Espera un momento, por favor.

Cinco minutos después, Kirkson examinaba los dorsos de dos fotografías, en los que se veía un sello con el rótulo del fotógrafo que había

impresionado las placas.

—*Photographic Eye* —murmuró—. Sólo tiraron dos de las siete fotografías.

—Entonces, te conviene ir a ver quién fue el autor —dijo Notling.

—Iré hoy mismo, en efecto —convino Kirkson.

De allí se fue a ver a Joyce. Quería estar con ella aunque solo fuesen unos minutos.

Cuando llegó, Joyce tenía compañía.

Era un hombre joven, de unos treinta y tres años, alto y bien parecido, de cuerpo atlético y musculoso. Joyce se lo presentó como Millard Wabash, aunque no le indico la profesión.

—Celebro conocerle, señor Wabash —saludó Kirkson.

—El placer es mío —contestó el visitante. Miró a Joyce—. No sabía que necesitas un abogado —dijo.

—El señor Kirkson me está ayudando en unos, aspectos legales —respondió Joyce—. Mi contrato con la *Andrews Publishing* termina dentro de unos meses y, aunque sé que van a renovármelo, deseo imponer mis propias condiciones.

—Ya sabes que si te vienes con nosotros, no habrá límites para lo que pidas —manifestó Wabash.

Joyce se echó a reír.

—Estoy muy contenta con mi agencia y, aunque te aprecio mucho, no cambiaré, a menos que se cierren en banda, cosa que no creo que hagan. De todas formas, tú serías el primero en conseguir... mi figura.

—¡Sólo tu figura! —suspiró Wabash—. Está bien, te dejo con tu abogado. Señor Kirkson...

—Señor Wabash —contestó el investigador correctamente.

Joyce acompañó a Wabash hasta la puerta. Luego, al regresar, se dio cuenta de que Kirkson la miraba con rostro enojado.

—¿He hecho algo que merezca su ira? —preguntó.

CAPÍTULO VI

Kirkson cruzó la estancia, pasó al otro lado del bar y se sirvió una dosis de licor. Cuando lo iba a beber, Joyce alargó la mano y le quitó el vaso.

—Le he hecho una pregunta —dijo ella con acento de irritación.

—Y yo le dije que no abriese la casa a nadie, salvo a mí —contestó él abruptamente.

—Pero, ¡hombre de Dios! Tiene que entrar la mujer de la limpieza...

—¡Hágasela usted misma! —le interrumpió Kirkson con brusquedad—. No me irá a quejarse de las dificultades que entraña manejar una escoba y un plumero, ¿verdad?

—¿Y Wabash? ¿También le iba a dar con la puerta en las narices? ¡Le conozco desde hace más de nueve años, cuando él tenía veinte y yo era una niña todavía... Bueno, ya tenía quince, pero estaba muy desarrollada, hecha toda una mujer...

—Pero sigue siendo una chiquilla e inconsciente, además. —Kirkson recuperó el vaso y bebió la mitad de su contenido—. ¿Qué hace Wabash? —preguntó.

—Es uno de los altos dirigentes de la *Thord. & Wabash*, una poderosa agencia de publicidad, sería competidora de la *Andrews*. Si la *Andrews* no me pagase tan bien, estaría trabajando para mi amigo.

—¿Está segura de que solo pretende contratar sus servicios?

Joyce se sonrojó.

—Bueno, Millard me ha pedido un par de veces que me case con él, pero siempre le he rechazado. Sinceramente, no le amo.

Kirkson terminó su vaso. Luego dijo:

—Permanecerá en casa hasta que haya cesado la amenaza. Y me obedecerá o dejaré de trabajar para usted.

—No quisiera que se enojase, señor Kirkson —declaró ella, en tono conciliador.

—Me siento responsable de su vida —refunfuñó él—.

Está bien, no vuelva a repetirlo. ¿Cuánto tiempo hace que conoce a la mujer de la limpieza?

—Todo el que llevo viviendo en este ático, unos dieciocho meses. Siempre es la misma.

—De acuerdo. Si teme mancharse las manos, que trabaje esa mujer.

—Antes de llegar a esta posición, hacía todas las faenas de mi casa —declaró ella, picada—. Incluso guisaba... y no sé de nadie que haya muerto envenenado por mis recetas de cocina.

—Pero tuvieron que enviarles a un sanatorio a que se repusieran —declaró él sarcásticamente. Estaba de mal humor y no sabía a qué atribuirlo, exactamente—. Bueno, me voy —dijo de repente.

—¿Tan pronto? —preguntó Joyce.

—Tengo trabajo —se defendió Kirkson.

—Hacerme compañía debiera ser uno de sus trabajos —dijo Joyce insinuantemente.

Kirkson la contempló durante un breve instante. Joyce había enfundado su esbelta silueta en un vestido amarillo pálido, rabiosamente ajustado a su anatomía, que dejaba hombros y brazos al descubierto. El vestido se sostenía por un par de tirantes que más parecían hilos del mismo color.

El cabello estaba aparentemente suelto y caía sobre los hombros, pero Kirkson advirtió enseguida que era fruto de un cuidado tocado. Estaba encantadora, se dijo.

—Sí, debiera ser, pero entonces no progresaríamos —contestó él con un gruñido—. Recuerde mis instrucciones.

—Ya, que no entre nadie.

—Exactamente.

Kirkson recogió su sombrero al pasar y se encaminó hacia la puerta.

—Y no se asome demasiado a la terraza; «Matador» podría sentirse tentado a cambiar de costumbres —advirtió.

—¿Cómo quiere decir? —preguntó Joyce.

—Sencillamente, que si ve las cosas difíciles, intentará matarla sin el obsequio de la fotografía. Hasta luego.

Abrió la puerta, examinó el pasillo y, una vez tranquilo al respecto, se dirigió al ascensor.

Poco después, rodaba en su automóvil en dirección al lugar donde la entidad denominada *Photographic Eye* tenía instalados sus estudios de arte. Guardaba la dirección en el bolsillo y la recordaba perfectamente.

Llegó treinta minutos más tarde. Se apeó y entró en el edificio, en uno de cuyos muros vio los buzones para los distintos inquilinos. El de *Photographic Eye* era particularmente grande y en él se indicaba el piso en donde se bailaban los estudios.

El ascensor le llevó a la planta deseada. Tocó a la puerta y le abrió una pizpireta rubia, muy bien formada, que le contempló con evidente simpatía.

—Pase, caballero —invitó la rubia.

—Pero, si ni siquiera sabe a qué he venido —exclamó Kirkson.

—A trabajar, seguro —contestó la rubia, apartándose a un lado—. Vendrá a encargarnos un reportaje, una serie de fotografías publicitarias, quizá a retratarse usted mismo... Trabajo, seguro —repitió la chica, emitiendo un profundo suspiro.

Kirkson rio suavemente.

—Pues sí, tiene usted razón, señorita —contestó—. He venido a trabajar... y desearía entrevistarme con su jefe. Pásele mi tarjeta, por favor.

Ella leyó el nombre escrito en la tarjeta.

—Lo siento, señor Kirkson —dijo—. Mi jefe... es decir, el director del estudio, no se encuentra presente en estos momentos. Tal vez pueda servirle yo... Mi nombre es Mavis, Mavis Beery, señor Kirkson —añadió la rubia, moviéndose exageradamente en el asiento, a fin de hacer resaltar los encantos de su busto firme y bien modelado.

Kirkson meditó un instante. Hallábase en un despacho de recepción, muy bien decorado, con abundantes fotografías por las paredes, en las que no había distinción de temas: paisajes, mujeres hermosas, cuadros famosos... Algunas de las fotografías eran realmente atractivas.

Detrás de la mesa de Mavis, un poco a la derecha, había una gran puerta que, sin duda, conducía a los estudios. Al otro lado de dicha puerta se oían pasos, voces y ruidos propios de un lugar semejante.

—¿Y bien, señor Kirkson? —dijo Mavis.

El investigador se decidió, por fin. Sacó su agenda y dijo:

—Hace algún tiempo, este estudio recibió el encargo de realizar unas fotografías de des personas, llamadas Colín Williams y señora Nancy Healey. Quizá recuera usted que ambas murieron asesinadas...

—Sí —exclamó Mavis—, lo recuerdo muy bien... y me acuerdo también de que lo comenté con el fotógrafo que tiró las placas. Harry estaba impresionadísimo cuando se enteró de la muerte de la señora Healey.

—¿Harry? —repitió el investigador.

—Sí, Harry Grott. Ese es su nombre, señor Kirkson.

—Perdóneme, señorita Beery, pero, ¿cómo fue que Harry hizo aquellas fotografías? ¿Quién se lo encomendó?

—Yo, naturalmente, aunque después de consultar con mi jefe. Llevo ya un par de años en esta oficina y, a menos que lleve la indicación de *Estrictamente confidencial*, abro todo el correo. Mi jefe tiene una grandísima confianza en mí y...

—Me lo figuro —dijo Kirkson—. Si yo fuese su jefe también confiaría en usted, señorita Beery.

Ella se esponjó visiblemente.

—Por favor, llámeme Mavis, sin tratamiento —rogó.

—Claro, Mavis —contestó él—. Y. dígame, ¿cómo llegó la orden de realizar las fotografías?

—En una carta, con quinientos dólares en cinco billetes de a cien. Me extrañó mucho, la verdad —declaró Mavis—, pero era un buen precio... y la persona a quien se debía fotografiar, en opinión de Harry Grott, no ofrecía dificultades.

—Pero hubiera podido ofrecerlas —alegó Kirkson—. ¿Y si les hubiese demandado judicialmente?

—Oh, la carta decía que se trataba de una simple apuesta. Mi jefe aprobó que se tirasen las placas y Harry se encargó de ello.

—En los dos casos, supongo.

—Sí —contestó Mavis.

—Y después, ¿adónde enviaron las fotografías?

—Oh, vino un mensajero... un chicuelo de quince años. Se las entregamos y eso fue todo.

—¿No sabe a quién debía entregárselas el muchacho?

Mavis sacudió la cabeza.

—No, ni siquiera me preocupé. En ambas ocasiones, se había recibido el pago por adelantado... Luego sí me preocupé, es decir, cuando, al poco tiempo murió la señora Healey. Me acordé del señor Williams y pensé que era una curiosa coincidencia. Así se lo dije a Harry, el cual se mostró de acuerdo conmigo. Pero nosotros, es decir, el estudio, no hemos infringido ninguna ley, señor Kirkson.

El investigador sonrió.

—No tema, Mavis —contestó—. Nadie pretende acusarla de algo delictivo. Ahora, dígame, por favor, ¿conocía usted a un tal Cass Dogher?

—Dogher —repitió ella—. Sí, lo conocía. Murió atropellado por un automóvil, ¿verdad?

—Así ocurrió, en efecto. Cuénteme, ¿qué sabe de Dogher?

—Estuvo empleado aquí. El jefe le despidió hará unos seis o siete meses. Robó unos valiosos objetivos y los malvendió... Creo que atravesaba una difícil situación económica. Pobre hombre; quizá por eso el jefe sintió compasión de él y se limitó a despedirle en lugar de denunciarlo a la Policía.

Kirkson asintió.

—Creo que tengo suficiente —dijo—. Gracias por todo, Mavis.

La chica se puso en pie.

—¿Se marcha? —preguntó.

—Sí, he terminado ya.

—Oh, creí que se quedaría a esperar al jefe.

—Usted ha resuelto mi problema, Mavis —sonrió Kirkson.

Mavis inspiró profundamente, a fin de hacer destacar los encantos de su busto bien formado. Miró a Kirkson y sonrió, a la vez que le entregaba una tarjeta de visita.

—Mi teléfono particular —dijo, con voz insinuante.

—Lo anotaré en lugar preferente —aseguró Kirkson.

—Termino los viernes a mediodía. Paso unos fines de semana aburridísimos, señor Kirkson. ¿Dijo que se llama Gary?

—Sí, Gary, en efecto.

Mavis le tendió una mano.

—No sea amnésico y recuerde mi teléfono —pidió.

—Quizá lo recuerde el viernes a las once y media, minutos antes del mediodía.

—Ese será el teléfono del despacho, pero no importa. Cualquier

teléfono... Gary.

—Sí, Mavis.

Ella volvió a emitir un lánguido suspiro. Kirkson se desasíó de su mano y consiguió salir del estudio.

En la calle, respiró a pleno pulmón.

—¡Uf, qué pegajosa! —exclamó a media voz.

Luego se sintió satisfecho. Aunque no mucho, consideraba que había hecho un progreso satisfactorio.

«Matador» era un hombre astuto, pese a todo. No se dejaba ver la cara en ningún momento. Se preguntó cómo sería: alto, bajo, gordo, delgado... Una de las cosas que no podía ser en modo alguno era un tipo nervioso y excitable. Un sujeto como él debía poseer unos nervios a toda prueba y una envidiable presencia de ánimo.

También se preguntó cómo era «contratado». ¿Quién le conocía? ¿Cómo se sabían su domicilio las personas que necesitaban de sus mortíferos «servicios»?

Esto era algo que no se pregonaba públicamente... ero «el caso era que «Matador» había causado ya siete víctimas y estaba en camino de anotarse la octava.

Kirkson estaba firmemente resuelto a impedirlo.

—No permitiré que la chica del *Flashstar* sufra el menor daño —se dijo resueltamente.

Y acto seguido, montó en su coche y se dirigió al *Mathey's*.

El *Mathey's* era el salón de billares donde Jerry Comiss había ejercido el nada virtuoso «oficio» de matón y guardador del orden. Kirkson estimaba que debía conocer algunos detalles de la vida de Comiss.

CAPÍTULO VII

Para entrar en el *Mathey's* era preciso descender a un par de metros bajo el nivel de la calle, por una escalera paralela al muro del edificio. Kirkson conocía algunos locales similares, pero el *Mathey's* superaba a cuantos había visto, en sentido negativo, por supuesto.

Sus dimensiones no eran excesivas, lo justo para contener una docena de mesas de diferentes tipos de billar. Esto, un mostrador en diagonal al fondo y la puerta de los servicios, parecían constituir la estructura principal del establecimiento.

Había tres o cuatro mesas ocupadas por sujetos de aspecto nada recomendable. Pausadamente, Kirkson cruzó el local y se sentó en un alto taburete, junto al mostrador.

El *barman* era un sujeto fornido, cuarentón, cejijunto, con un chirlo en la mejilla izquierda de unos seis centímetros de longitud. Además, tenía la cara picada de viruelas.

—¿Si? —gruñó, más que dijo.

—Cerveza —pidió Kirkson, contemplando las evoluciones de los jugadores de la mesa más próxima.

El vaso estaba limpio, lo que hizo a Kirkson tomar la mitad de la cerveza sin remilgos. Una vez hubo saciado parcialmente la sed, colocó sobre el mostrador un billete de cinco dólares.

—Quiero ver al dueño —manifestó.

El *barman* estaba limpiando unos vasos y se volvió con aire sorprendido.

—Lo tiene delante —contestó.

Kirkson se volvió y le miró.

—Poco produce el negocio, cuando no tiene un *barman*, amigo —comentó.

—Viene por las tardes. Entonces hay más gente.

—Ah —murmuró Kirkson—. Busco a un tipo llamado Comiss. Usted tal vez sepa darme algunos detalles de su paradero.

El dueño volvió a mirarle. Luego, sin pronunciar una palabra, se quitó el mandil y salió del mostrador, acercándose al investigador.

—¿Es usted policía?

—Algo parecido —respondió Kirkson amablemente.

—Si es policía, enséñeme sus credenciales.

Kirkson cogió con dos dedos el billete de cinco dólares y lo agitó ante la irritada faz del dueño.

—¿No le parecen suficientes? —preguntó.

El hombre señaló la puerta.

—Lárguese —ordenó.

—Estoy bien aquí —contestó Kirkson fríamente.

—Entonces, le echaré —aseguró el dueño. Y estiró una mano para asir el brazo del investigador.

Sin moverse del taburete, Kirkson levantó el pie derecho y golpeó la tripa de Mathey.

El dueño abrió la boca mientras se sentaba en el suelo. Los jugadores interrumpieron sus partidas en el acto.

—¿Hablamos de Comiss? —dijo Kirkson, sonriendo.

Mathey se puso en pie, frotándose el estómago. De pronto, emitiendo un rugido, cargó de nuevo contra el joven.

Kirkson apoyó ambos codos en el mostrador y, tras juntar ambos pies, los disparó hacia adelante con todas sus fuerzas.

Mathey retrocedió hasta chocar contra una mesa de billar, sobre la que quedó tendido. Los jugadores contemplaban la pelea con silencioso interés.

Mathey se incorporó de nuevo, jadeando angustiosamente. Miró a Kirkson con odio, pero era evidente que los dos contraataques habían calmado sus ímpetus belicosos.

—¿Hablamos de Comiss? —repitió Kirkson.

—Está bien —gruñó el dueño del salón—. Vamos a mi despacho. Roy, encárgate del bar —dijo a uno de los clientes.

Kirkson añadió otro billete.

—Y sirva una ronda a todos por mi cuenta, Roy —invitó alegremente.

Se apeó del taburete y siguió a Mathey hasta su despacho, al que se accedía por la puerta de los servicios. En realidad, era un cuchitril infecto, sin ventilación y alumbrado únicamente por una lámpara pendiente del techo.

—¿Qué quiere saber de Comiss? —preguntó Mathey hoscamente, una vez estuvieron a solas.

—Mathey, ¿ha oído hablar de «Matador»? —preguntó Kirkson.

El dueño del local meneó la cabeza.

—Jamás —contestó enfáticamente.

—Creo que dice la verdad. «Matador» es un asesino profesional. No un pistolero empleado en una pandilla, sino un tipo que acepta «contratos» sin relación apenas con nadie más que consigo mismo. ¿Ha comprendido lo que quiero decir?

Mathey movió la cabeza afirmativamente.

—Sí. Continúe.

—A Comiss le pegaron un tiro y luego lo arrojaron por el hueco de una escalera —mintió Kirkson a medias.

—Lo leí en los periódicos. ¿Y...?

—Usted lo tenía aquí como empleado de confianza.

—Sí, pero no sé nada...

—¡Aguarde! —cortó Kirkson imperativamente—. No asegure nada

—todavía. «Matador» le dio orden de que fuese al piso de un hombre que había muerto la noche anterior, para que, evidentemente, retirase de allí una prueba que podía delatar a «Matador». Cuando murió, Comiss debía haber estado aquí, cuidando del local. ¿Por qué no estaba?

Mathey desvió la vista.

—Bueno, me dijo que tenía que salir a hacer un recado y que estaría un par de horas ausente. Había pocos clientes en aquellos momentos y...

—¿Le extrañó su petición?

—Un poco, pero no le concedí gran importancia.

—¿Había salido otras veces en horas de «trabajo»?

—Alguna, pero pocas.

—¿Sabe si, momentos antes de salir, recibió una llamada telefónica?

Mathey se mordió los labios.

—Sí, lo recuerdo —contestó por fin—. Yo mismo atendí al teléfono.

—¿Quién le llamaba?

—Un tipo llamado Freech.

—¿Freech? —repitió Kirkson.

—Sí, ese es el nombre que me dio cuando recibí la llamada, antes de pasársela. Dijo: «Soy Freech. Quiero hablar con Jerry Comiss». Y Jerry acudió al teléfono.

—¿De qué hablaron?

—No lo sé. Jerry solo contestó si dos o tres veces y luego colgó.

Kirkson reflexionó unos momentos.

Mathey parecía sincero, pero...

—¿Por qué quiso echarme cuando le pregunté por Comiss? —quiso saber.

El hombre se sonrojó.

—Jerry era un buen amigo mío. Tenía sus defectos, como todo el mundo, pero mantenía bien el orden —respondió.

—¿Y solo por eso quiso pegarme?

—Bueno, pensé que él se habría metido en algún lío y que usted pertenecía a la banda que...

—No pertenezco a ninguna banda —atajó Kirkson secamente—. ¿Dónde vivía Comiss?

—Aquí mismo —respondió Mathey sorprendentemente—. Tenía una habitación en el piso superior.

—Enséñemela. Voy a registrarla —dijo Kirkson con acento autoritario.

Mathey accedió en silencio. Salió del despacho y se dirigió hacia una lóbrega escalera situada al fondo del corredor, flanqueado por las puertas de los servicios. Kirkson pensó que era poco menos que un milagro que la inspección sanitaria municipal no hubiese dado orden de derribar aquella casa.

Momentos después, Mathey abrió la puerta de un cuartucho

sobriamente amueblado. Kirkson movió la mano.

—Lárguese —ordenó.

Se quedó solo. Entonces, cerró la puerta y empezó a registrar el dormitorio.

Treinta minutos después, halló un papel con un nombre y una dirección:

Hugh Freech, Calle 83 Oeste, 1990

Guardó el papel. Mathey había dicho que el día en que murió, le había llamado un tal Freech.

Seguramente, le había dado orden de registrar el piso de Dogher y destruir... ¿qué prueba? Incluso podía haber añadido «Matador» que si encontraba a alguien se deshiciese de él. Kirkson aún se estremecía cada vez que recordaba lo cerca que había estado de saltar desde ocho pisos de altura.

Continuó el registro. A poco, encontró un sobre abultado.

Lo abrió. Contenía mil dólares en billetes.

—«Matador» cobra buenas facturas, pero paga bien a sus colaboradores —soliloquió.

Allí ya no tenía más que hacer, estimó. Tras una breve vacilación, se embolsó los mil dólares. El orfanato de la Policía recibiría un importante donativo anónimo; aquel era el mejor destino que podía tener un dinero procedente de un siniestro negocio.

* * *

El número 1990 de la calle 83 Oeste se hallaba vacía. Deshabitado parecía, a juzgar por las trazas en que encontró el apartamento alquilado a nombre de Freech.

Lo único que encontró de positivo fue una grabadora acoplada al teléfono, para recibir mensajes. Pero la cinta estaba intacta.

Kirkson comprendió que aquel departamento era uno más de los que «Matador» tenía a su disposición para burlar las pesquisas policiales. Posiblemente, el asesino iba por allí solamente muy de cuando en cuando...

O quizá recibía por otro teléfono, a distancia, los mensajes captados por la grabadora.

Estudió la instalación con más detenimiento. A su llegada no había hecho más que arrojar una mirada a los aparatos.

Un cuarto de hora más tarde, descubrió un ingenioso sistema de controles electrónicos bajo la mesa. En realidad, «Matador» ni siquiera necesitaba ir por la casa para conocer cualquier mensaje captado por la grabadora.

La instalación se hallaba montada de tal forma, que «Matador» no solo

podía recibir mensajes, sino emitirlos desde otro teléfono. De este modo, resultaba imposible localizarlo.

Examinó los aparatos centímetro a centímetro. Era una instalación completísima, pero todas las etiquetas habían sido arrancadas. Resultaba imposible conocer la fábrica que los había construido y, menos aún, el especialista que había montado la instalación.

—«Matador» es precavido. No le gusta dejar rastros detrás de sí —murmuró—. Y así es como ha podido sobrevivir hasta ahora —concluyó.

Hizo un segundo registro del piso. No encontró nada más. Las ocasiones en que «Matador» debía haber estado gil la casa, podían contarse con los dedos de la mano... y sobraban cuatro, calculó.

Buscó alguna cinta grabada. Empeño inútil; allí no había nada que pudiera comprometer al asesino.

El nombre de Hugh Freech y la dirección habían servido únicamente para sus relaciones con Jerry Comiss. Muerto este, sería dudoso que «Matador» volviese por la casa.

Al menos, en mucho tiempo. Pagaría puntualmente el alquiler, que no podía ser excesivo, y un día, muchos meses más tarde, aparecería cuando nadie le esperase, para desmontar la instalación.

Abandonó el piso, sintiéndose frustrado. Mucho había adelantado durante el día, pero aún continuaba ignorando lo principal: la identidad de «Matador».

CAPÍTULO VIII

Joyce abrió la puerta y sonrió al ver a Kirkson en el umbral.

—Pase —invitó acogedoramente.

Kirkson entró. Joyce se dio cuenta inmediatamente de la fatiga que aparecía en el rostro del investigador.

—Está cansado —adivinó.

—Hecho polvo —contestó él, derrumbándose sobre un diván.

—Le daré un estimulante —dijo Joyce.

Fue al bar y preparó un vaso con whisky. Kirkson bebió la mitad de un trago.

—Ahora empiezo a sentirme mejor —dijo.

Joyce se sentó frente a él, con las rodillas muy juntas y las manos encima. Ahora vestía una sencilla blusa de color crema, sin mangas, pantalones negros y sandalias de suela de madera, sujetas con tiras de cuero en color natural.

Kirkson cerró los ojos un instante.

—Me da envidia su indumentaria —dijo.

—Quítese la chaqueta —indicó ella.

—No, me iré enseguida. Sólo vine a ver qué tal se encuentra... y a contarle algo de lo que he hecho hoy.

Kirkson habló durante largo rato. Cuando terminó, ella dijo, sorprendida:

—De modo que estuvo en *Photographic Eye*.

—Sí, pero no fue un progreso excesivamente satisfactorio.

—¿Lo cree así?

—No puedo opinar de otra forma, señorita Breffat.

Joyce se levantó. Caminó hacia una mesita situada en las inmediaciones y trajo un sobre, que entregó al investigador.

—Lo he recibido esta tarde —dijo.

Kirkson abrió el sobre. Dentro había una carta en la que se proponía a Joyce hacer una prueba fotográfica en el estudio. La carta estaba firmada por un tal Harrison Guttenthord.

—¡Guttenthord! —repitió él explosivamente.

—¿Qué le pasa? ¿Conoce al individuo?

—Es el mismo sujeto que alquiló el piso desde el cual hacían fotografías suyas.

Joyce se mordió los labios, sorprendida.

—No comprendo el objeto de esta carta —dijo.

—Yo sí —respondió Kirkson—. Guttenthord es «Matador» y quiere atraerla a una trampa allí.

—¡Oh, no, eso es imposible, Gary! Además, ni siquiera da como segura

mi ida a *Photographic Eye*. Sólo dice que, en caso de que mis compromisos no lo impidan... y yo tengo un contrato con la *Andrews*, recuérdelo.

—En tal caso, ¿por qué formularle la proposición? —preguntó él, extrañado.

—No es la primera vez que lo hacen, aunque no los de *Photographic Eye*, por supuesto. Hay muchas agencias de publicidad, usted lo sabe, y a todas las modelos que destacamos un poco, se nos hacen ofertas similares de cuando en cuando. Algunas, si no tienen firmada una exclusiva, aceptan. Hay muchas que trabajan de manera independiente. Yo he tenido cierto éxito con el jabón *Flashstar*, y por dicha razón no puedo actuar fuera de la *Andrews*.

—Es decir, que se trata de una carta de rutina.

—Seguro —contestó ella—. Aguarde, voy a comprobarlo.

Joyce se levantó y se encaminó hacia el teléfono. Hizo dos o tres llamadas y regresó luego al investigador.

—Otras dos modelos conocidas han recibido también cartas análogas —declaró.

Kirkson es puso en pie.

—Y ahora —dijo—, me toca a mí el turno de hacer una llamada.

Sacó la agenda y buscó el número de Mavis Beery. Poco después, hablaba con la rubia.

—Soy Kirkson...

—¡Gary! —explotó Mavis—. ¿Es que me comprometes ya el fin de semana?

Kirkson sonrió.

—No puedo asegurar aún nada —respondió—. Quizá el viernes diga algo definitivo.

—Que sea positivo —imploró ella.

—Lo intentaré. Pero antes quiero que me digas una cosa.

—Sí, claro, lo que sea, Gary.

—Cuando estuve allí a mediodía, no me dijiste el nombre de tu jefe. La verdad es que no se me ocurrió preguntártelo, Mavis.

—Oh, se llama Harrison Guttenthord. ¿Eso era todo, Gary?

—Aún no he terminado. ¿Cómo es Guttenthord?

—Oh, es un caballero muy amable y simpático... sobre todo, simpático, porque viene muy poco por los estudios. Es el propietario, pero quien los dirige, en realidad, es un tal Phil Holbrook. Phil es el que hace y deshace, por supuesto, con la aprobación del señor Guttenthord.

—Todavía no me has dicho qué aspecto tiene, Mavis.

—Bueno, es un caballero correcto y atentísimo. Viste siempre impecablemente y cuida mucho su presencia personal. Debe de tener unos sesenta años...

—¡Sesenta años! —repitió Kirkson.

—Sí, aunque conserva todo el pelo, ya blanco, naturalmente. Utiliza siempre un *Rolls*, conducido por un chófer negro. Un poco anticuado, pero encantador, Gary.

—¿Tienes ahí su dirección?

—Sí, anótala, por favor.

Kirkson escribió unas cuantas palabras en su agenda. Al terminar, dijo:

—Un millón de gracias, Mavis.

—¿Sólo gracias? ¿No hay seguridad de un fin de semana, cariñito?

«La he atontado», se dijo Kirkson.

—Veremos —respondió evasivamente—. Ah, ¿sabes cuándo ha estado Guttenthord la última vez en los estudios?

—Ayer, cerca de mediodía. Firmó el correo... y aunque siempre lo hace Phil, Guttenthord acostumbra a firmarlo cuando viene a ver cómo marcha la cosa, ¿comprendes? Phil se lo pone a la firma por deferencia.

—Comprendo. Mavis, habéis enviado cartas a chicas que hacen de modelo publicitario, ¿no es eso?

—Sí, unas dos docenas. Lo hacemos de cuando en cuando, Gary. Rutina, pero que, a veces, da resultado.

—Gracias, nena. Me parece que lo del fin de semana... Bueno, adiós —dijo precipitadamente, dándose cuenta de que Joyce le estaba escuchando.

—¿Qué es eso del fin de semana? —preguntó la joven, cuando Kirkson hubo vuelto el aparato a la horquilla.

Kirkson se volvió hacia Joyce y compuso una sonrisa de circunstancias.

—Cosas —respondió evasivamente.

—Vaya, no sabía que fueses usted un donjuán —dijo Joyce, un tanto despechada—. ¡Y nada menos que un fin de semana!

—Aún no hemos llegado a nada concreto —se defendió él.

—A juzgar por lo que he oído, llegar a algo concreto con esa Mavis debe de ser cosa facilísima.

—¿Tanto le molesta? —preguntó Kirkson irónicamente. Joyce se irguió.

—Su vida privada no me interesa en absoluto —respondió con seco acento—. Cuénteme, de la conversación que ha sostenido, lo que me atañe directamente.

Kirkson suspiró.

—Está bien, se lo diré. Pero no vaya a creer...

—No creo nada —le atajó ella—. Hable.

Kirkson la miró un instante. «Está irritada... y eso me gusta, ¡qué demonios!».

—Muy bien, pues —contestó. Y empezó a hablar.

* * *

El sonido del timbre del teléfono penetró a través de las brumas del

sueño en la embotada mente de Kirkson y le hizo removerse en la cama, murmurando algo insultante para el osado que se atrevía a interrumpir un descanso duramente ganado. Kirkson dio media vuelta en la cama y envió teóricamente a paseo al importuno.

Pero el teléfono continuaba sonando. Moviendo la lengua dentro de la boca, para alejar de sí la invariable sensación matinal de pastosidad, giró de nuevo en sentido inverso y alargó el brazo.

Kirkson rezongó.

—¡Ya era hora! —dijo una voz al otro lado de la línea—. ¡Creí que no estaría en casa...! ¡Soy Case, señor Kirkson!

—¡Case! —resopló el investigador, sentándose de golpe en el lecho—. ¿Qué ocurre ahora?

—Hace diez minutos he recibido una llamada telefónica. Es él, señor Kirkson...

—Me lo supongo. ¿Ha dicho algún nombre?

—No, solamente ha dicho que esté a las diez en el *Ryadise* con las fotografías.

—Naturalmente, usted habrá contestado que las tomó, ¿no es cierto?

—Sí, claro. ¿Qué otra cosa podía decirle? ¿Qué debo hacer, señor Kirkson? No me gustaría...

—Acuda al *Ryadise* y pórtese con naturalidad. ¿Le ha indicado alguna contraseña para reconocerle?

—No, solo ha dicho que acuda allí...

—Muy bien, entonces, prepare un sobre de tamaño regular, con unas fotografías cualesquiera, y llévelo de manera un tanto ostentosa. Acuda al *Ryadise* y deje lo demás de mi cuenta, ¿estamos?

—Muy bien, señor Kirkson, como usted ordene.

El investigador colgó el teléfono y se tiró de la cama. Acababa de mirar el reloj de la mesilla de noche; apenas tenía cuarenta minutos para llegar al *Ryadise*.

La visita a Guttenthord, se dijo, debía quedar pospuesta para otro momento.

Ahora, con un poco de suerte, podría poner la mano encima de «Matador».

* * *

Entró en la cafetería, apenas sin clientes.

Caminó lentamente, mirando a todas partes con aire natural. Richard Case estaba sentado, en una mesa situada casi en el centro.

Kirkson ocupó la misma mesa de la vez anterior. Case le miró, pero él ignoró su gesto.

Un camarero se le acercó.

—Café, por favor —pidió.

Estudió a Case disimuladamente. El fotógrafo estaba tomando otro café con crema. Su mano removía nerviosamente el azúcar con la cucharilla.

Case bebió el café de golpe; El sobre con las fotografías estaba sobre la mesa.

Al cabo de unos momentos. Case recogió el sobre, lo guardó en el bolsillo de su chaqueta y se puso en pie. Un camarero caminó delante de él y se inclinó respetuosamente para dejarle pasar antes a los lavabos.

Kirkson estudió la maniobra. Estaba claro. Case iba a reunirse con «Matador» en los lavabos. Pero, ¿por qué había tenido que hacerlo precisamente al mismo tiempo que el camarero?

Decidió esperar un par de minutos. El camarero salió antes del plazo fijado.

Kirkson se puso en pie y se dirigió hacia los servicios. Abrió la puerta y vio a Case inclinado sobre un lavabo, con las manos y los brazos metidos dentro del hueco.

Frunció el ceño. La actitud del fotógrafo no era natural.

Kirkson se acercó a él.

—Case.

El fotógrafo no respondió. Kirkson le tocó en el hombro. Sentíase presa de un horrible presentimiento. Apenas hubo tocado a Case, el fotógrafo giró lentamente a un lado y cayó de espaldas al suelo.

El mango de un puñal, clavado hasta la empuñadura, asomaba por el pecho del fotógrafo, cuyos ojos aparecían desmesuradamente abiertos.

Kirkson se inclinó sobre él y le palpó los bolsillos. Estaban vacíos.

¿Quién se había llevado las fotografías?

Se irguió, mirando hacia la puerta.

Sólo había un sospechoso: el camarero.

Recordó su aspecto: era un hombre de mediana edad, cargado de hombros y con un bigote entrecano. Inmediatamente comprendió que se trataba de un disfraz.

Se hubiera dado de bofetadas por no haber sabido comprender a tiempo el ardid que había empleado «Matador» para deshacerse de un colaborador que, no resultaba difícil adivinarlo, era un hombre poco seguro. En aquella ocasión, «Matador» no había elegido bien.

Respiró hondamente. Era inútil salir en persecución del falso camarero. Ya debía de estar a mucha distancia del *Ryadise*.

Encendió un cigarrillo y salió de los lavabos. Al pasar junto a la mesa ocupada por Case, examinó disimuladamente el servicio.

Debajo del platillo de la taza, encontró un papelito.

«Vaya a los lavabos cuando haya terminado la consumición».

Esto decía la nota escrita previsoramente con letras de imprenta.

«Matador» no dejaba nada al azar. Cuando se dirigió al *Ryadise*, ya

debía de tener la nota preparada para procurar el encuentro con el infortunado Case.

El camarero de los hombros cargados y el bigote entrecano, como sospechaba, no estaba ya. Kirkson se preguntó qué ardid habría empleado el asesino para ocupar aquel puesto.

CAPÍTULO IX

El encargado del Ryadise le explicó el enigma, mientras los hombres del teniente Notling iban y venían realizando sus pesquisas. Estaba abrumado por el escándalo que suponía el asesinato cometido en un local que estimaba intachable y distinguido en grado sumo.

—Era un suplente —dijo—. Se presentó, enviado por el Sindicato, o, al menor eso dijo él. Hay turnos de descanso semanal para el personal fijo y debemos cubrirlos con camareros eventuales que, sin embargo, suelen ser siempre los mismos. A veces vienen otros...

—Y esta vez vino él —masculló Kirkson, despechadamente.

«Matador» se había ido apenas cometió su crimen. El *Ryadise* estaba prácticamente desierto en aquellos momentos y, finalmente Kirkson se encontraba en los lavabos, el asesino se había marchado tranquilamente.

No, el encargado no había sospechado nada. Le había visto asomarse a la puerta un momento como si, aburrido, contemplase el tránsito de la avenida. Luego, en un instante de descuido, había desaparecido de su vista. Todo muy sencillo, muy fácil, pese a los riesgos corridos.

Notling se acercó al joven.

—Es una lástima que no hayas podido echarle el guante —dijo.

—Pensé que Case dejaría el sobre en el lavabo —respondió Kirkson—. Yo tenía la idea de apostarme en uno de los reservados interiores y esperar a «Matadora, cuando acudiera a recoger las fotografías, pero, ¿quién diablos iba a sospechar que era el camarero?

—Sí —convino Notling pensativamente—, esa gente suele operar de la manera más desconcertante.

Al cabo de un rato, Kirkson pudo marcharse. Tomó su coche y se dirigió a casa de Guttenthord.

El propietario de *Photographic Eye* residía en un lujoso apartamento del East Side, no lejos del edificio de las Naciones Unidas. Un estirado mayordomo miró a Kirkson con notoria impertinencia disfrazada de fría cortesía.

—Pase esta tarjeta al señor Guttenthord, haga el favor —pidió Kirkson.

El mayordomo tomó la tarjeta como si se tratase de un tubo con cultivos de bacilos del cólera. Luego, con el más puro acento británico, dijo:

—Tenga la bondad de esperar. Veré si el señor puede recibirle.

En aquel momento, Kirkson, ocupada la mente con tantas otras cosas, acababa de darse cuenta de un detalle singular: la residencia que Guttenthord había indicado al alquilar el piso de la Quinta Avenida era distinta de la que usaba. ¿Por qué esa discrepancia? se preguntó.

El mayordomo apareció momentos después.

—Tenga la bondad de esperar en la biblioteca, señor —invitó.

Kirkson pasó a la estancia señalada, amplia, lujosa, magníficamente decorada en un estilo clásico, que no pasaría nunca de moda. Resultaba patente que Guttenthord era hombre no solamente de dinero, sino también poseedor de un buen gusto innegable.

El dueño de la mansión apareció casi diez minutos más tarde. Respondía exactamente a la descripción que le había hecho Mavis Beery de él y se excusó por la tardanza en atender a su visitante.

—Estaba en el baño y... —Sonrió amablemente—. Me levanto muy tarde, señor Kirkson —explicó,

—No tiene importancia —respondió el joven—. Usted, que puede hacerlo, es un hombre afortunado.

—Sí, pero preferiría madrugar... y tener treinta años menos —rio Guttenthord—. Bien, ¿en qué puedo servirle? Aparte de invitarle a una copa, claro.

—Soy investigador privado, señor Guttenthord —declaró Kirkson, mientras el dueño de la casa vertía en un vaso parte del licor contenido en una botella de vidrio tallado—. Necesito hacerle unas preguntas y no me gustaría que usted las tomase como indiscretas, sino como resultado de mi profesión y de la investigación que me han encomendado. Naturalmente, puede tener la seguridad de que todo cuanto me diga será considerado como absolutamente confidencial...

—Eso espero —concordó Guttenthord, entregándole la copa—. ¿De qué se trata?

Kirkson le miró fijamente.

—¿Ha alquilado usted un piso en la Quinta Avenida? —preguntó.

—¿Yo? ¿Por qué? Tengo suficiente con este; no necesito más, aparte de mi casa de campo en Long Island, donde suelo pasar los fines de semana.

—Me lo imaginaba. Alguien tomó su nombre y alquiló ese piso, señor Guttenthord.

—Si es así, ejercitaré contra ese individuo las acciones legales correspondientes —declaró el dueño de la casa—. ¡Qué osadía! ¿Cómo se atrevió a...?

—Lo hizo por correo, así que desconocemos su identidad. Precisamente es lo que estamos tratando de averiguar, créame, señor Guttenthord.

—¿Y para qué me ha suplantado ese hombre, si se puede saber?

—Temo que voy a darle un disgusto, señor Guttenthord —manifestó Kirkson—. Es un asesino profesional y ha recibido el encargo de matar a una persona, de cuya vida me encargo yo de proteger.

Guttenthord le miró con la boca abierta de par en par.

—Es increíble —dijo, cuando al fin hubo recobrado fuerzas para hablar.

—Pero rigurosamente cierto. Ahora bien, salvado este punto y comprobado que no es usted el asesino...

—Celebro que piense así de mí, señor Kirkson —dijo, sonriendo, el dueño de la casa.

—Ese hombre mata por dinero y usted no lo necesita —sonrió Kirkson—. Bien, ¿puedo hacerle ahora unas preguntas de carácter personal?

—Sí, claro, no faltaría más. Tratándose de esclarecer unos crímenes, estoy dispuesto a colaborar lealmente con usted.

—Muchas gracias, señor Guttenthord. Tengo entendido que posee usted un estudio de arte fotográfico.

—En efecto, así es, aunque hace tiempo ya que apenas hago otra cosa que comprobar su buena marcha muy de cuando en cuando. Cuento con un excelente director que lo rige a las mil maravillas y...

—Sí, lo sé, se llama Phil Holbrook. ¿Realizan ustedes fotografías para agencias publicitarias?

Guttenthord sonrió benignamente.

—También poseo una agencia de publicidad —declaró—. Aunque, en el presente caso, lo correcto sería decir que solo la mitad del negocio es mía. Quizá haya oído hablar usted de la *Thord & Wabash*, señor Kirkson.

Hubo un momento de silencio. Kirkson estaba atónito.

—¿Cómo no se me ha ocurrido antes? —exclamó al cabo.

—¿Decía usted? —preguntó Guttenthord cortésmente. Kirkson le miró con fijeza.

—No entiendo —dijo—. ¿Por qué no emplea su nombre completo, señor Guttenthord?

El hombre sonrió.

—Es un poco largo y de trabajosa pronunciación —respondió—. Por supuesto, me siento muy orgulloso de mi apellido, pero en los negocios es preciso ser práctico. *Thord & Wabash* suena mucho mejor que poniendo mi apellido completo.

—Es verdad —reconoció Kirkson—. Así que el señor Wabash es el dueño de la otra mitad del negocio.

—Efectivamente, y el director, además, pero he de manifestarle, confidencialmente, por supuesto, que no lo lleva muy bien. En los últimos tiempos hemos tenido pérdidas de tal gravedad, que estoy considerando muy seriamente la disolución de la sociedad.

—No lo sabía —dijo Kirkson sinceramente.

—Sí. Sólo aguardo a que Wabash me haga una buena oferta para venderle mi parte. Luego, si él quiere arruinarse con sus estúpidas campañas de publicidad, que haga. Lo cierto es que cada vez tenemos menos clientes señor Kirkson.

—Tenía entendido que eran unos serios rivales de *Andrews*.

—Lo fuimos, pero la desastrosa dirección de *Wabash* nos ha hecho quedar muy rezagados. ¿Algo más, señor Kirkson?

—Sí, una pregunta, por favor. ¿Cómo, teniendo una agencia de

publicidad, no disponen de estudios propios Parece ser —añadió el investigador—, que ustedes encargan sus fotografías a *Photographic Eye*, ¿no es así?

—Ciertamente, pero cuando el estudio fotográfico tiene un trabajo excesivo, también lo encargamos a otros. Aparte de ello, la Thord & Wabash dispone de un estudio propio, exclusivamente para dibujantes, que no tiene nada que ver, comercialmente hablando, con *Photographic Eye*. Este es única y exclusivamente de mi propiedad, ¿comprende?

Kirkson asintió.

—Perfectamente, señor Guttenthord —dijo. Y añadió—: Ha sido una conversación muy instructiva, que le agradezco con toda sinceridad.

—Me complace haber podido ayudarle en algo —manifestó el dueño de la mansión, con amplia y cortés son risa.

Kirkson se dirigió hacia la puerta de la biblioteca. Casi en el mismo instante, se abrió y apareció el mayordomo:

—Con el permiso del señor, es su hora de ejercicio físico —anunció—. El profesor de gimnasia acaba de llegar señor.

—Ah, muy bien, Henry —contestó Guttenthord—. Ahora acudiré al gimnasio. —Miró a Kirkson y sonrió—. Todos los días hago un poco de ejercicio físico; es la única manera de mantenerse en forma

—Se comprende —sonrió Kirkson—. Gracias otra vez. —Encantado —se despidió Guttenthord.

* * *

Hacía poco que había anochecido cuando llegó a casa de Joyce.

La muchacha le abrió la puerta con la sonrisa en los labios.

—Sin novedad —saludó con buen humor.

—Yo sí tengo novedades que contarle —respondió él—. Pero antes, quiero comer algo. ¿Qué tiene por la despensa?

—Pan, fiambres, queso, vino, algo de fruta y leche. ¿Qué le apetece?

—Un magnífico programa para un tipo que se muere de hambre. En vez de vino, preferiría cerveza, si la tiene.

—La tengo —contestó ella—. Y le prepararé la cena enseguida; me muero de curiosidad por saber lo que ha averiguado.

—Algo que no le agradará, créame —respondió Kirkson, lanzando el sombrero a un rincón. Se aflojó el nudo Se la corbata y se soltó el botón del cuello de la camisa. Ella le miraba fijamente, como si esperase alguna aclaración. Kirkson añadió—: Vamos, prepáreme la cena; luego satisfaceré su curiosidad.

—Muy bien —contestó Joyce—. Estará dentro de diez minutos.

Tardó algo más, pero vino con una gran bandeja repleta de alimentos, que colocó sobre una mesita baja, oculta por las cortinas, la mitad de las

cuales, permanecían corridas, dejando únicamente al descubierto la otra mitad de la puerta de la terraza. Luego se sentó frente a Kirkson, quien, en el acto, arremetió contra los manjares con furioso apetito.

Al cabo de unos momentos. Kirkson, casi sonrojando se, se dio cuenta de que ella le miraba con fijeza. Alzó la cabeza y sonrió para excusarse.

—Dispéñseme, tenía un hambre de lobo —manifestó.

—Se comprende —sonrió ella—. Ha debido trabajar mucho, ¿no?

—Un poco. Trabajar, ser testigo casi de un asesinato...

—¡Oh! —se estremeció Joyce—. ¿Quién?

—Richard Case, el hombre a quien «Matador» encomendó las fotografías suyas. Eso es algo que no acabo de comprender —añadió Kirkson, meneando la cabeza.

—¿La muerte de Case? —preguntó Joyce, con voz temblorosa.

—Sí, porque si el asesino es quien yo presumo, no le deben de faltar fotografías suyas, Joyce.

—Y... ¿quién es, señor Kirkson?

—Millard Wabash —respondió el investigador.

CAPÍTULO X

Joyce se paseaba a largas zancadas por el salón. Su aspecto era de hallarse poseída por la furia.

—¡Le digo que no es posible! ¡No creo que Millard sea asesino! —exclamó una y otra vez.

Kirkson no había perdido por ello el apetito y continuó cenando.

—¿Por qué opina que no es él? —preguntó, entre botado y bocado.

—Le conozco desde hace nueve o diez años. Puede dejarse que crecimos juntos... aunque bien es verdad que él tenía entonces, quiero decir, la primera vez que nos vimos, veintiuno o veintidós años. Pero desde entonces, apenas hemos dejado de vernos... y sé que es una persona dignísima, de toda confianza. Lo último que se le ocurriría a Millard en este mundo es convertirse en un asesino profesional, señor Kirkson.

—En este mundo —contestó él sentenciosamente—, uno muchas veces, no es lo que aparenta ser; y quiere ser una cosa y acaba siendo otra. No tengo pruebas de lo que digo, pero las circunstancias están en contra suya.

—¿A qué circunstancias se refiere usted? —preguntó ella.

—La Thord & Wabash está al borde de la quiebra. Un hombre en esas condiciones necesita dinero, Joyce.

—¿Y cree que con diez mil dólares que cobra por... «contrato», puede solucionar un problema que tal vez alcance a cientos de miles?

—Esos cientos de miles se refieren a la sociedad, no a él en persona —alegó el investigador—. Además, antes dije que no le deben faltar fotografías suyas, pero puede que esté equivocado.

—¿Por qué? —preguntó Joyce.

—Las únicas fotografías que Wabash puede tener deben ser copia de las que han aparecido en las revistas ilustradas. ¿Han salido los dos alguna vez al campo o a la playa con una cámara fotográfica?

—No, desde hace bastante tiempo...

Y Wabash, en ese supuesto, no le habría mandado una copia de una fotografía hecha durante una excursión; usted la habría reconocido inmediatamente, ¿no es así?

Joyce se mordió los labios.

La seguridad del investigador empezaba a hacer mella en su ánimo.

—Por tanto —agregó Kirkson—, contrató a Case para que le hiciese las fotografías desde la casa de enfrente. Es una manía que tiene «Matador», desde luego; y como la ha seguido en todas sus víctimas, usted no iba a ser la excepción. Luego —concluyó—, para avisarla, la enviaría una fotografía suya tomada en un momento de descuido.

—Pero no la he recibido todavía —adujo la joven.

—Un asesino profesional tiene que preparar bien el crimen para no

dejar rastro. De lo contrario, acabaría por ser atrapado en breve plazo.

—Es posible —admitió ella, meditabunda. Se retorció las manos, a la vez que reanudaba los paseos—. ¡Pero Millard...!

La voz de Kirkson, que sonaba como un latigazo, interrumpió súbitamente sus palabras:

—¡Apártese!

Joyce se volvió hacia él, sorprendida por su tono.

—¿Qué...?

—¡Salga del hueco, en el acto! —ordenó Kirkson con voz crispada.

Joyce obedeció maquinalmente. Dio un paso adelante, y en el mismo momento, algo entró y se clavó en el suelo con gran fuerza.

Kirkson saltó hacia la joven, agarró su muñeca y tiró de ella con toda la potencia de sus músculos. Tres o cuatro proyectiles entraron en brevísimo espacio de tiempo, agitando las cortinas al atravesarlas y clavándose en el entarimado brillante del salón.

Un jarrón voló por los aires, pulverizado. Otra bala alcanzó la bandeja de la cena y la hizo saltar, con metálico tañido, esparciendo su contenido en todas direcciones. La mesita perdió de repente una larga astilla.

Temblando de pavor, Joyce se apretujó contra el cuerpo del investigador, los dos a cubierto tras el muro lateral del salón. Kirkson comprendió que «Matador» había fallado su primer tiro, por una décima de segundo, y luego había disparado el resto del cargador como una especie de desahogo de la rabia adquirida al advertir su fallo.

Kirkson dejó a la joven en un sillón, a seguro de cualquier proyectil y se tendió en el suelo, acercándose al borde de la cortina.

Miró hacia el edificio opuesto. La ventana del piso que había alquilado el supuesto Guttenthord tenía las luces apagadas.

Kirkson pensó que «Matador» les había tiroteado con un arma idéntica a la que él había usado para destrozar la cámara de Case. Durante unos instantes, se sintió tentado de lanzarse a la calle y esperar al asesino, pero desechó la idea en el acto.

Debía continuar protegiendo a Joyce. Tal vez «Matador» esperaba que hiciese una cosa semejante, para dar un pequeño rodeo, subir al ático y matar a la joven. Por el momento, le convenía esperar.

—¿Lo ve? —preguntó Joyce a sus espaldas.

—No. Ha debido de irse ya —contestó él, incorporándose—. ¿Dónde guardó la maleta con el rifle y los gemelos?

—En mi dormitorio —contestó ella, empezando a incorporarse.

—No, espere, iré yo.

Kirkson corrió las cortinas y luego se dirigió al dormitorio de Joyce. Por un instante se sintió tentado de armar el rifle y disparar contra «Matador» cuando saliese del edificio, pero abandonó la idea apenas concebida. Se averiguaría enseguida que había sido él y, ¿cómo probaba

que había matado al asesino?

No, era preferible atraparlo con pruebas y él creía que aquella misma noche podía ponerle la mano encima.

Sacó los prismáticos y volvió al salón.

—Apague las luces, Joyce —ordenó.

Ella obedeció en el acto. Con el salón en la oscuridad.

Kirkson pudo salir a la terraza, sin temor a ser divisado.

Se apoyó en el parapeto. Un hombre, alto, fuerte, de anchos hombros, se mella en aquel instante en un automóvil, que arrancó pocos segundos después.

Kirkson procuró fijarse en la matrícula, pero la luz de un farol cercano dio de lleno en la placa y esta emitió un vivo destello, que le impidió leer las letras y las cifras. Cuando la placa recobró su aspecto normal, la distancia resultaba ya excesiva, pese a los prismáticos.

El coche no tenía nada de particular, era uno más de los cientos que corrían por la Avenida en aquellos instantes. Después de algunos segundos de observación, Kirkson volvió al interior.

—¿Puedo encender las luces? —preguntó Joyce.

—Claro.

Kirkson miró a la muchacha, que aparecía sumamente pálida.

—Esta vez quiso matarme sin avisar —dijo ella.

—«Matador» se siente acosado y ello le ha constreñido a romper con una costumbre inveterada. Pero no por ello cejará en sus Intentos... aunque opino que esta noche ya no intentará nada contra usted.

—¿Cómo lo sabe, Gary?

—Se ha marchado ya. Visto su fracaso, debió de estimar que lo más prudente era alejarse antes de que resultase demasiado tarde.

Desmadejada, Joyce se dejó caer sobre un sillón. Con ojos lastimeros, contempló los destrozos que las balas habían causado en el salón.

—Nunca creí que estas cosas pudieran sucederme... —murmuró—. Siempre pensé que eran cosas de película... o de novela...

—Pero ocurren —afirmó Kirkson—. Sin embargo, la que sigo sin comprender es por qué quieren matarla. Si fuese una cosa personal de Wabash y usted tuviese otro pretendiente, se diría que es por celos, pero este es un motivo que debe quedar excluido tajantemente.

—Yo tampoco lo entiendo, con franqueza, Gary —manifestó Joyce.

Kirkson meneó la cabeza. Luego dijo:

—Le ayudaré a reparar los desperfectos. Después me iré.

—¿Adónde? —preguntó ella.

Kirkson sonrió.

—Tengo el presentimiento de que esta noche «Matador» va a hacer una visita a una casa que ha quedada repentinamente deshabitada —contestó.

—¿A qué casa se refiere?

—A la de Richard Case. Joyce.

Ella le miró con expresión perpleja.

—No entiendo —dijo.

—Es sencillo, Joyce. Case le entregó un sobre con otras fotografías distintas. «Matador» se habrá dado cuenta de ello y pensará que Case quería pedirle más dinero después, ignorante de que iba a ser asesinado. Por tanto soy de la opinión de que «Matador» acudirá a la casa del fotógrafo para recuperar esas fotografías.

—¿Y enviarme una luego?

Kirkson movió la cabeza.

—Sí —respondió.

—No es un argumento muy consistente —objetó ella.

—Tengo la sensación de que «Matador» padece una alteración mental, que le hace disfrutar con el pánico que sienten sus víctimas. Es un sádico, ¿comprende?

—Desde luego, pero también podría enviarme un aviso sencillo, corriente; una simple hoja de papel...

Kirkson meneó la cabeza.

—No. Incluso puede que enviar la fotografía constituya para «Matador» como una especie de puntillo de honor. Además, no querrá arriesgarse, en su caso, buscando a otro fotógrafo. Irá al domicilio de Case.

—Y usted le esperará allí.

—Sí.

Joyce se le acercó.

—¿Me va a dejar sola?

—No tengo otro remedio.

Joyce le puso una mano sobre el pecho.

—Tendré mucho miedo sin usted —murmuró, mirándole a los ojos.

—Le dejaré el rifle armado, aunque será suficiente que cierre bien la puerta del ático y la que da a la terraza. En el peor de los casos, el asesino no podrá abrir la primera y para entrar por la terraza, suponiendo que pudiera llegar por alguno de los áticos contiguos, tendría que romper los cristales. Eso haría ruido, Joyce.

Ella suspiró profundamente.

—Le dejo ir, pero con una condición —dijo.

—¿Cuál? —preguntó él.

—Llámeme por teléfono en cuanto sepa algo. No importa la hora, pero llámeme.

—Se lo prometo —aseguró él, casi con solemnidad.

Y luego se dirigió hacia la puerta con paso presuroso. Quería evitarse la tentación que representaban para él los rojos labios de la muchacha.

—Adiós, Joyce.

Ella pareció sentirse defraudada.

—Hasta luego, Gary —contestó.

Cuando el investigador hubo desaparecido, cerró con doble vuelta de llave, pasó el cerrojo de seguridad y apoyó los hombros en la puerta.

—Esperaba que me hubieras besado —murmuró bajito.

* * *

Kirkson llegó a la calle donde había vivido Case y se metió en un bar frontero al edificio, en donde pasó una hora larga, consumiendo a intervalos un par de tazas de café.

Algunas personas entraron y salieron del edificio, pero ninguna de ellas le pareció podía ser «Matador». Finalmente, después de una larga espera, decidió que lo mejor que podía hacer era entrar en el piso del fotógrafo apuñalado.

Abonó la consumición y salió del bar. Entró en la casa. Una de sus ganzúas le franqueó el paso.

Encendió las luces y observó el departamento. La policía había estado allí, pero todo seguía en orden. Al cabo de unos momentos, apagó de nuevo y, habiendo elegido previamente un sillón, se sentó y aguardó.

CAPÍTULO XI

Un ligero ruido le despertó.

Kirkson se alertó en el acto. Se había quedado traspuesto en el sillón y su mano voló hacia la pistolera, a la vez que se ponía en pie y corría de puntillas hacia la entrada.

La puerta se abrió cautelosamente, al mismo tiempo que Kirkson se situaba en el lado opuesto al de giro. Unos zapatos rechinaron suavemente.

Alguien cruzó el umbral y cerró la puerta. Kirkson apoyó la boca del revólver en la frente del intruso.

—Si se mueve, dispararé —murmuró.

Sonó un leve grito femenino de susto. Kirkson contuvo una maldición que había estado a punto de brotar de sus labios.

—¡Joyce! —gruñó.

Ella lanzó un suspiro de alivio.

—¡Menos mal! —contestó.

Kirkson fue a encender la luz, pero rectificó inmediatamente.

—¿Por qué ha venido? —preguntó.

—No podía dormir, Gary —se excusó ella.

—¿Es que no se da cuenta de los riesgos que está corriendo?

—Sí, pero... quería ayudarle... Por favor, no me lo reproche, Gary —dijo Joyce con voz suplicante.

—Está bien, no le diré nada más, aunque sigo opinando que cometió una locura. Imagínese que «Matador» hubiera estado esperándola a la salida de su casa.

—Pero no estaba.

Kirkson elevó sus brazos al cielo.

—La lógica femenina —masculló—. ¿Qué va a hacer ahora?

—Lo mismo que usted, esperar —sonrió Joyce en las tinieblas—. ¿Es que no hay aquí un sillón?

—Sí, pero no dejaré que se quede en el salón. Venga conmigo.

Tomó uno de sus brazos y la guio a través de la estancia hasta un dormitorio contiguo. Encendió la luz y le señaló la cama.

—Siéntese ahí y no se mueva para nada. ¿Me ha entendido?

Ella le dirigió una hechicera sonrisa.

—Cuando se pone en plan mandón, me gusta más que nunca —declaró.

Kirkson emitió un bufido y apagó la luz.

—Estos no son momentos para bromear —rezongó. Y, de nuevo y a tientas, regresó al salón.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, Joyce preguntó:

—¿Aún no viene, Gary?

—¿Me oye hablar con él?

—Pensé que discutíais en voz baja —contestó ella.

—Pues no discutimos en ningún modo. Y mis pensamientos son inaudibles, créame.

—¿Alguno de ellos... se refiere a mí, Gary?

El investigador resopló.

—Cállese de una vez, ¿quiere?

Joyce dejó escapar una alegre risita.

—¡Qué mal genio tiene, hijo! —exclamó.

Kirkson apretó las mandíbulas y guardó silencio.

Era la única forma de obligarla a callar.

Pasó media hora. Joyce le llamó de nuevo.

—Gary.

—¿Qué desea? —preguntó él pacientemente.

—Tengo sueño...

—¡Pues duerma un rato!

—¿En la cama de un asesinado?

—Richard Case no murió ahí, recuérdelo.

—Pero era su cama.

—A lo mejor tenía la viruela y se le contagia.

—Lo que se alegraría usted de verme la cara llena de pústulas, ¿verdad?

—Ahora me alegro de no vérsela. Y, ¿quiere callarse de una vez?

—Sí, Gary... Aaaah... ¿Verdad que es de mala educación bostezar?
¡Pero como usted... no me ve...!

Kirkson luchó con los deseos de encender un cigarrillo, pero se contuvo. Si «Matador» llegaba, lo primero que haría sería percibir en el aire el olor a tabaco. En una casa que llevaba deshabitada casi un día entero, era un olor que se captaría de inmediato.

Pasó media hora más. De pronto, Kirkson creyó oír unos pasos cautelosos al otro lado del pasillo.

De nuevo se puso en tensión. Levantándose de un salto, corrió hacia la puerta y se pegó a la pared.

Unos segundos más tarde, oyó un ligero chasquido. La puerta empezó a girar muy lentamente.

Kirkson se dio cuenta de que el asesino había apagado la luz del corredor. La oscuridad era casi absoluta; apenas si entraba por la ventana un ligero resplandor, procedente de la calle, situada seis pisos más abajo.

Kirkson contuvo el aliento. Una figura humana, alta y de recia complexión, apareció ante sus ojos.

A pesar de que tenía las pupilas habituadas a la oscuridad, le fue imposible distinguir las facciones del asesino. Estaba situado en mala postura y la poquísima luz que llegaba del exterior, le daba en los ojos, deslumbrándole parcialmente. A pesar de todo, apenas se hubo cerrado la

puerta, apoyó la boca del revólver en la espalda del recién llegado.

—No se mueva, no alce la voz o es hombre muerto.

Hubo una pausa de silencio. Era evidente que el asesino se sentía terriblemente sorprendido.

—¿Kirkson? —dijo.

—Justamente. No se mueva; voy a encender la luz «Matador».

Kirkson estiró el brazo izquierdo. En el mismo momento, el asesino se revolvió con increíble rapidez.

Su codo izquierdo estaba a la altura de la cintura y golpeó el revólver, arrancándolo de la mano de Kirkson. El investigador maldijo y trastabilló.

Un puño le golpeó en la mandíbula, lanzándole hacia atrás. La cabeza chocó contra la pared y Kirkson, a la vez que sentía un terrible aturdimiento, contempló miles de movientes lucecitas que bailaban ante sus ojos.

El revólver se le había desprendido de los dedos. Antes de que pudiera reaccionar, sintió que unas manos de dedos de acero el apresaban la garganta.

El aire le faltó de inmediato. Kirkson forcejeó para desasirse de aquellas tenazas de carne y hueso que amenazaban con cortarle la respiración definitivamente.

De pronto, «Matador» aflojó la presión. Kirkson creyó que se debía a sus forcejeos, pero se equivocaba.

Un puño le golpeó cruelmente en la mandíbula, proyectándole de nuevo hacia atrás. Kirkson se dio cuenta de que el asesino proyectaba dejarle sin conocimiento a copia de golpes, quizá para acabar mejor con él más tarde.

Recibió un nuevo puñetazo en el plexo solar que vació el aire de sus pulmones. La lucha se desarrollaba sin apenas ruido, oyéndose solamente el jadeo de las respiraciones respectivas.

Kirkson alargó la mano hacia los ojos de su adversario. Este esquivó, echando la cabeza hacia atrás. A pesar de todo, Kirkson se dio cuenta de que le había arañado ligeramente en la mejilla izquierda.

Pero casi en el acto recibió dos golpes fenomenales que concluyeron con su resistencia. El plexo solar fue castigado de nuevo y, a renglón seguido, sin apenas solución de continuidad, fue la mandíbula la que recibió un durísimo impacto que lo lanzó oblicuamente hacia la pared.

Kirkson resbaló a un lado y cayó al suelo, sintiendo que perdía el conocimiento rápidamente. Casi en el último instante, sus dedos tocaron el frío metal del revólver, caído desde la iniciación de la lucha.

Empuñó el arma. El asesino había sacado un puñal, tal como Kirkson había previsto. Al ver el gesto del investigador, dio un salto hacia atrás, ganó la puerta y desapareció, antes de que los torpes dedos de Kirkson obedecieran al mandato del cerebro, que les ordenaba ejecutar las

maniobras necesarias para hacer fuego.

Kirkson cayó hacia atrás. Su cabeza tocó el pavimento.

El pecho y la mandíbula le dolían horriblemente. Empezó a verlo todo confuso. De pronto, la poca luz que quedaba desapareció de su vista.

La luz volvió después de un lapso de tiempo cuya duración no supo calcular. Abrió los ojos y se dio cuenta de que el resplandor que entraba por la ventana procedía de un nuevo día.

Durante largo rato, permaneció en el suelo, aún embotado y aturdido por los golpes recibidos. Luego, su cerebro empezó a funcionar con normalidad e hizo un esfuerzo por sentarse en el suelo.

Entonces oyó pasos en una habitación contigua. Alzó la mano armada y esperó.

Joyce apareció bajo el dintel de la puerta, estirando los brazos con gesto voluptuoso.

—¡Aaaah...! ¡Qué bien he dormido! —exclamó. De pronto reparó en la postura del joven y dijo—: Usted también ha dormido, a lo que veo, pero, ¿por qué no lo ha hecho en el diván, en lugar de quedarse en el suelo? Es que tiene ganas de pescar una pulmonía?

Kirkson la miró con la boca abierta de par en par.

—¡No ha oído nada! —dijo, maravillado.

—¿Qué tenía que oír? —preguntó ella, extrañada—. La noche ha transcurrido pacíficamente y ni siquiera el hecho de dormir en la cama de un hombre asesinado ayer mismo ha turbado mi sueño. Sabía que con usted estaba seguro Gary. ¿O me equivoco?

Kirkson se pasó una mano por la cara.

—Bendita inconsciencia —murmuró, poniéndose en pie. Guardó el revólver y dijo—: Voy al lavabo un momento, Joyce.

—Sí, necesita quitarse las telarañas de los ojos —contestó ella volublemente.

Cuando salió del baño, minutos más tarde, Joyce estaba entregada a la fascinante labor de cepillarse el cabello, ayudándose con un espejito de mano.

—Sus previsiones fallaron, Gary —dijo, sin mirarle—. «Matador» no vino.

—Usted no ha oído nada, ¿verdad? —preguntó él, poniéndose un cigarrillo en la boca.

—Me costó dormirme, es cierto, pero cuando lo conseguí, ni un cañonazo me hubiese despertado.

—La creo, sobre todo, teniendo en cuenta el poco ruido que hicimos «Matador» y yo.

—Y tanto como que no se pudieron portar más comedidamente... ¡Eeh! —chilló ella de repente—. ¿Ha dicho «Matador»? —preguntó, volviéndose hacia él, con cara de susto.

Kirkson se apuntó la mandíbula con un dedo.

—Vea qué morado más hermoso. Si le enseñase el esternón, encontraría por lo menos dos del mismo tamaño.

Y si aguza la vista, encontrará huellas de unos dedos en torno a mi garganta.

La cara de Joyce había perdido el color.

—Pero... ¿qué es lo que ha pasado? —balbució aterrada.

—Sencillamente, que tal como había previsto, «Matador» estuvo a buscar las fotografías que Case no le entregó.

Joyce sintió que las piernas le flaqueaban súbitamente. Buscó una silla y se sentó.

—Y pensar que yo estaba a dos pasos del asesino —murmuró, desfallecida.

—Yo estaba a menos de uno. Es un tipo fuerte y robusto, como Wabash.

—No, Gary —dijo ella con voz débil.

—No tardaré en probarlo —aseguró Kirkson.

Joyce levantó los ojos hacia el investigador.

—¿Cómo lo hará? —preguntó.

—Le arañé la cara en el forcejeo. Hace un momento, cuando me lavé, aún tenía unas diminutas manchitas de sangre bajo las uñas. Fue una de las cosas que miré primero cuando entré en el lavabo.

—No puedo creerlo —musitó Joyce, moviendo la cabeza.

—Wabash es un hombre tan alto como yo, más fuerte quizá, ¿no es cierto?

Joyce asintió.

—Sí, desde luego.

—Bien, aunque no le vi la cara, los hechos lo prueban. Apenas le amenacé con la pistola, pronunció mi nombre. Él sabe que yo trabajo para usted.

—¿Y qué pasó después?

—Sencillamente, me sorprendió e hizo saltar el revólver, me hubiese apuñalado. Pero se dio cuenta de que no podría inclinarse hacia mí, caído en el suelo, que la bala sería más rápida, y se alejó de un salto. Así pudo escapar y dejarme chasqueado —concluyó el investigador.

Joyce se puso una mano delante de los ojos. Permaneció en la misma posición durante unos minutos y Kirkson pudo darse cuenta de que estaba llorando.

Al cabo de un rato, sacó un pañuelo y se enjugó los restos de las lágrimas. Hizo un esfuerzo por sonreír y dijo:

—Perdóneme, pero no pude contenerme.

Kirkson hizo un gesto con la mano.

—No tiene importancia —contestó—. ¿Nos vamos?

Ella asintió y se puso en pie.

—Nunca hubiera creído una cosa semejante de Millard —manifestó.

—Las pruebas son contundentes, Joyce.

—Sí, eso es lo que estoy viendo. ¿Qué hará usted ahora? Kirkson reflexionó unos momentos.

—Primero la acompañaré a su casa y la dejaré en seguridad. Luego iré a ver a Wabash —contestó al cabo.

—¿Nada más?

—Tendré que acabar de encontrar las pruebas que lo identifiquen totalmente con ese asesino profesional que ha recibido el apodo de «Matador», bien justificado por otra parte —aseguró el investigador contundentemente.

CAPÍTULO XII

Una agraciada secretaria tomó la tarjeta que Kirkson le entregaba y pasó al despacho de Wabash. Kirkson esperó pacientemente, tratando de disimular la tensión de sus nervios.

La secretaria salió al cabo y mantuvo la puerta abierta.

—El señor Wabash le espera, señor Kirkson —anunció. —Gracias, señorita.

Kirkson se puso en pie, atravesó el antedespacho y cruzó el umbral. Wabash salió de detrás de su mesa para recibirle, con una amplia sonrisa en los labios.

—¡Señor Kirkson! —saludó—. Celebro infinito verle. Pase, por favor, y tome asiento. ¿Le apetece algo de beber? ¿Cigarros? ¿Cigarrillos? —invitó obsequiosamente.

Kirkson no contestó por el momento. Se había quedado sin habla.

Bajó la vista y se miró las uñas de la mano derecha. Estaban bien recortadas, aunque poseían la longitud suficiente para causar un buen rasguño si se apretaba con fuerza.

Él había apretado con fuerza, aunque no voluntariamente. Sin embargo, la cara de Wabash aparecía completamente limpia.

—¿Le ocurre algo, señor Kirkson? —preguntó Wabash—. Parece que no se encuentra bien...

El investigador tomó asiento.

—Estoy perfectamente, gracias —contestó al fin—. Le aceptaré un cigarrillo, si no le molesta.

—En absoluto —respondió Wabash.

Ahora que se daba cuenta del desliz cometido, Kirkson no sabía qué decir. Si Wabash no era «Matador», ¿quién podía ser? se preguntó.

Encendió el cigarrillo maquinalmente. Wabash dijo:

—¿Y bien, amigo Kirkson? Dígame en qué puedo servirle...

Bruscamente, con gesto que dejó atónito a Wabash, Kirkson se puso en pie, lanzó el cigarrillo contra un cenicero y salió de la habitación como perseguido por cien legiones de demonios.

Wabash salió tras él.

—¡Eh, Kirkson! Pero, ¿qué le sucede? ¿Se ha vuelto loco? ¡Vuelva, hombre...!

La secretaria tenía la boca abierta de par en par y las manos suspendidas sobre el teclado de la máquina de escribir. Parecía haberse convertido en una estatua de piedra.

Wabash dejó escapar una furiosa imprecación.

Luego ordenó:

—¡Señorita Marnin, póngame inmediatamente con la señorita Breffat!

¡Es urgente!

—Sí... sí, señor Wabash, ahora mismo... —contestó la chica, saliendo de su estatismo—. Ahora le pongo...

Wabash volvió a emitir una enérgica interjección.

—Joyce va a saber qué clase de chiflado ha contratado para que defienda sus intereses. ¡Pues no faltaría más. Y cerró de un portazo que casi hizo saltar el vidrio en el que estaba escrito su nombre con letras negras.

* * *

Un cigarrillo humeante pendía de los labios de Gary Kirkson. Estaba sentado en un sillón, en el despacho, con los pies sobre la mesa, y tenía los ojos cerrados.

Pero no dormía. Simplemente, reflexionaba.

Wabash no era «Matador». Entonces, ¿quién era el asesino?

El teléfono sonó de pronto.

Estuvo a punto de no contestar, pero acabó bajando los pies. Levantó el aparato y lo acercó a su oreja derecha.

—Kirkson —gruñó.

—¡Gary! —llamó Joyce.

—Sí, yo mismo. ¿Algo nuevo?

—Eso es usted el que debe decírmelo. ¿O no tiene nada que contarme?

Kirkson masculló algo entre dientes.

—He metido la pata —alzó la voz.

—Lo sé. Wabash me ha llamado y está indignadísimo con usted. Le ha puesto de vuelta y media.

—Con razón, Joyce.

—Pero, ¿qué le ha hecho, si puede saberse? Lo menos que ha dicho de usted es que se trata de un loco peligroso y que deben encerrarlo, para beneficio de los ciudadanos de Nueva York.

—Una expresión muy respetable, aunque inexacta. No estoy loco, solo equivocado, Joyce.

—¡Ya se lo dije yo! —exclamó ella triunfalmente—, Millard no podía ser el asesino.

—No lo es. Tenía la cara limpia, sin señales de arañazos. Eso me desconcertó de tal modo, que salí de estampida de su despacho, sin cambiar apenas otras palabras con él que las inevitables de saludo.

Joyce se echó a reír.

—Me imagino fácilmente la cara que debió poner —comentó—. Aparte de eso, hay otra razón para suponer que Wabash no es el asesino, Gary.

—¿Cuál? —preguntó Kirkson.

—Usted lo debe saber mejor que yo, puesto que fue protagonista

directo. Recuerda que, cuando puso el revólver en la espalda de «Matador», este pronunció su nombre inmediatamente.

—Sí, desde luego.

—¡Pues bien, Millard no sabe que usted trabaja para protegerme de «Matador»! ¡Yo no le he mencionado el asunto en absoluto, ni siquiera ahora cuando me llamó, para quejarse de su desatento modo de proceder!

Kirkson respingó.

—¿Está segura, Joyce?

—Segurísima. Recuerde, además, el día en que se conocieron. Yo le presenté a usted como mi consejero legal, para asesorarme en la renovación del contrato con la *Andrews*. ¿Le dije algo entonces de que estaba amenazada de muerte?

—No —reconoció Kirkson.

—Ni se lo he dicho todavía. Por lo tanto, ¿cómo iba a saber Millard su nombre en el acto, ni aunque él fuese realmente «Matador»?

Hubo un momento de silencio.

—Tiene usted razón —concordó Kirkson por fin—. Son unos alegatos demasiado contundentes para desecharlos.

—Lo cual significa que Millard no tiene que ver nada con el asunto y que estamos igual que antes —dijo Joyce.

—Algo hemos adelantado —contestó el investigador.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Conocer la inocencia de Millard Wabash. Y ahora, perdóneme, pero tengo trabajo.

—¿Adónde se marcha, Gary?

—No me marchó a ninguna parte; simplemente, voy a seguir pensando.

Y colgó el teléfono antes de que Joyce pudiera continuar la conversación.

Encendió un nuevo cigarrillo y puso otra vez los pies sobre la mesa. Dejó vagar la imaginación, rememorando cuanto había hecho desde que Joyce le encargara el caso.

Pasaron unos minutos. De pronto, una lucecita centelleó en la mente del investigador.

Kirkson tiró el cigarrillo sobre el cenicero. ¿Por qué no probar? se dijo.

Puesto que Wabash no era, tal vez podría serlo...

—Sí, se dijo, merecía la pena probar.

Se puso en pie, fue al lavabo y se refrescó un poco la cara. Después de enjugarse, abandonó el despacho.

A cada minuto que pasaba, se convencía más y más de que su presentimiento era la verdad. Por fin creía haber encontrado a «Matador».

Sería interesante, se dijo, sostener una conversación con él.

Un tipo curioso, digno de un concienzudo examen siquiátrico. Los especialistas podrían obtener conclusiones sumamente interesantes.

La puerta de la biblioteca se abrió y Harrison Guttenthord se dirigió al aparador de los licores. Tomó el frasco de cristal tallado que contenía el jerez y entonces oyó una voz que decía:

—Sírname otra, por favor.

Guttenthord se volvió rápidamente con la botella en la mano. Surgiendo del sillón, cuyo alto respaldo le había ocultado hasta el momento, Gary Kirkson apareció ante sus ojos.

Guttenthord frunció el ceño.

—¿Qué hace usted en mi casa? —preguntó.

—He estimado necesaria una prolongación del diálogo que sostuvimos los dos el otro día —respondió Kirkson, sonriendo. Avanzó hacia el dueño de la casa—. No se quede parado, por favor; llene las copas.

Guttenthord hizo un esfuerzo y sonrió:

—¿Se filtra usted a través de las paredes? ¿Posee acaso, el secreto de la cuarta dimensión?

Kirkson tomó la copa y olfateó su contenido.

—¡Mmmm...! ¡Buen jerez! —alabó—. He entrado por la puerta —declaró por fin.

—Henry no me ha dicho nada —dijo el dueño de la casa.

—Aún ignora que esté aquí —sonrió Kirkson—. Usé unas ganzúas, simplemente, aunque, por supuesto, corriendo el riesgo de ser visto. Pero logré evitarlo.

Guttenthord se fue hacia un sillón y se sentó en él con afectados ademanes. Vestía una lujosa bata de seda roja y negra, con un pañuelo que hacía juego envolviendo su cuello. Las iniciales de su nombre y apellido estaban bordadas sobre el bolsillo superior izquierdo de la bata.

—Imagino que habrá tenido un motivo poderoso para violar mi domicilio —dijo al cabo, sosteniendo la copa muy cerca de su nariz—. ¿Sabe que podría llamar a la policía y denunciarle por allanamiento de morada?

—Estaría en su derecho —respondió Kirkson—, pero, no tema, la policía acabará por venir. Ya está avisada.

—¿Me va a acusar de un delito espantoso? —sonrió Guttenthord desdeñosamente.

—En efecto. Le acusaré, pero no de un delito, sino de siete, más un octavo que no ha tenido tiempo de cometer. Hablando claro, será acusado de cometer siete asesinatos premeditados a sangre fría. Imagínese lo que dirá el fiscal cuando le juzguen, «Matador».

CAPÍTULO XIII

Un relámpago de ira brilló por un instante en los ojos de Guttenthord. Luego, casi en el acto, su rastro recobró la expresión benevolente de costumbre.

—¿De dónde ha sacado semejantes majaderías? —preguntó.

—En primer lugar, de la conversación que sostuvimos usted y yo hace dos días Usted dijo: «Tratándose de esclarecer unos crímenes...», pero yo no había mencionado aún ningún crimen, solamente había dicho que una persona había recibido el encargo de matar a otra. ¿Quién, sino el asesino, es decir, usted, podía saber que se habían cometido varios crímenes?

—Bueno, era una frase vulgar, de rutina...

—No en su caso, Guttenthord —le atajó el joven—. Hay otros detalles más que prueban que usted es el hombre conocido por «Matador» y que ha matado ya a siete personas por dinero, aparte de algunas otras que le estorbaban y podían comprometerle, como, por ejemplo, el fotógrafo Richard Case apuñalado en los lavabos del *Ryadise*.

—¿Cuáles son esos detalles, por favor? —preguntó el dueño de la casa cortésmente.

—Su profesor de cultura física, por ejemplo.

—Mi profes... ¡Oh, no me haga reír, señor Kirkson! ¡Conseguiré hacer que me enoje, se lo digo sinceramente!

—Enfádese todo lo que quiera, pero solamente gracias a sus cotidianos ejercicios conserva aún una fuerza física que más de un joven envidiaría. Yo, sin ir más lejos... —Kirkson se tocó la mandíbula y el cuello—. Todavía me duelen —añadió—. ¿No recuerda los golpes que me propinó en el departamento de Richard Case?

Los ojos de Guttenthord se oscurecieron repentinamente.

Fue un gesto maquinal. Se llevó los dedos a la mejilla izquierda y los pasó por el rasguño que tenía en aquel lugar y que, de ningún modo, podía ocultarse.

Loa dos hombres se miraron en silencio. Kirkson movió la cabeza.

—Si —dijo—, usted es «Matador»

Guttenthord seguía contemplándole fijamente.

—Y ahora que lo sabe —hablo de pronto—, ¿qué es lo que piensa hacer?

—Debiera imaginárselo Guttenthord. ¿O prefiere que le llame Freech?

—Es un seudónimo.

—Destinado a ocultar su verdadera identidad a colaboradores accidentales, que trabajaban para usted por dinero, sin conocer realmente la naturaleza de su misión. Eran, prácticamente, meros exploradores, ¿no es así?

Guttensthord asintió.

—Podría llamárseles de ese modo —admitió.

—Los cuales recibían sus instrucciones llamando al teléfono de la casa de la calle 83 Oeste.

—Sí —admitió Guttensthord llanamente.

—¿Por qué lo hacía? —preguntó Kirkson de pronto—. Usted es hombre adinerado, tiene de todo... ¿Qué necesidad tenía de convertirse en un asesino profesional?

Los ojos de Guttensthord brillaron.

—Me gustaba la caza... humana —contestó.

Kirkson creyó comprender.

—Le resultaba más interesante que irse a cazar, por ejemplo, perdices o, en el mejor de los casos, fieras en África, ¿no es así?

—Exactamente. —Guttensthord sonrió de una manera extraña—. Usted no sabe lo que he disfrutado yo estudiando las costumbres de mis víctimas, haciendo que las fotografiasen, enviándoles unas fotografías suyas, pensando en el pánico y el terror que estaban pasando... hasta que la bala o el puñal acababan con sus temores. Eran una experiencias excitantes, créame; no hay nada que se les pueda comparar.

Kirkson le miró casi con espanto. Guttensthord era un maniático, tal como había predicho; un sujeto en el que, el sadismo vencía a cualquier otro sentimiento, un hombre que había disfrutado cortando las vidas de otros de sus semejantes. Aquel hombre no merecía vivir, se dijo.

—Pero usted cobraba dinero por matar a sus víctimas —dijo, rehaciéndose con esfuerzo.

—¡Naturalmente que sí, mi querido amigo! —exclamó Guttensthord—. ¿Qué habrían dicho mis... «empleadores» de haber sabido que podía hacerles gratis los favores? Se habría sospechado enseguida de mí, ¿no comprende? Hubieran pensado que «Matador» era un hombre rico, que «trabajaba» por mero capricho... Ya que era un profesional, había que cobrar.

—¿Y cómo conocían sus... «empleadores» la forma en que debían contratarle?

Guttensthord hizo un gesto de indiferencia con la mano.

—Oh, cuando una persona quiere contratar a un asesino profesional, ya busca los medios para ello. Usted me mató, sin embargo, a uno de mis mejores colaboradores más leales, el único que, en cierto modo, conocía mi identidad.

—¿Se refiere a Comiss?

—Sí.

—Usted le envió a casa de Dogher.

—Dogher había trabajado algún tiempo en el estudio fotográfico. Pensé que podría conservar algún dato que pudiera comprometerme.

—Y luego creyó que Case le había engañado.

—En efecto. Me extrañó encontrar unas fotografías que no tenían nada que ver con Joyce Breffat.

—Por lo que fue al domicilio de Case, creyendo encontrarlas allí.

—Exactamente.

Kirkson se tocó el bolsillo de la americana.

—Tengo aquí el sobre que cogió del bolsillo de Case, cuando lo asesinó en el *Ryadise*. Las huellas de Case aparecerán en él.

—Un tanto para usted —reconoció Guttenthord—. Debí haber quemado el sobre y las fotografías, pero me descuidé. Creí que no llegaría a descubrir mi verdadera identidad.

—También he visto por ahí el rifle, despiezado, con el que estuvo a punto de matar a Joyce Breffat. Hay un armario oculto tras lo que aparenta ser una enciclopedia. Los expertos de la policía dirán que el rifle fue disparado hace poco.

—Si lo encuentran —contestó Guttenthord.

—Lo encontrarán —aseguró el investigador—. ¿Por qué disparó contra Joyce, sin haberle enviado la fotografía?

—Bueno, las circunstancias se estaban poniendo un poco en contra mía... y me gusta cumplir los contratos —declaró Guttenthord con supremo cinismo.

—Afortunadamente, se ha salvado. ¿Quién le contrató?

Una burlona sonrisa apareció en los labios del dueño de la casa.

—No se lo diré —respondió—. Tengo por norma guardar celosamente lo que suele llamarse el secreto profesional. Pero se sorprendería usted muchísimo, si conociese el nombre de la persona que quiso que yo asesinasen a Joyce Breffat.

—Se hacía llamar señor Smith. ¿Era Comiss el que hablaba con él en el *Ryadise*?

—Sí. El... contratante hizo ciertas discretas gestiones antes de encontrar a Comiss. No buscaba a este expresamente, sino a cualquiera que pudiese ejecutar sus propósitos.

—Pero encontró a Comiss y este se puso en contacto con usted.

—Exactamente. Ya le he dicho que, prácticamente, era el único que conocía algo de mí, aunque solo bajo el nombre de Freech. Sin embargo, era un hombre seguro; se llevaba la mitad de las «recompensas».

—Vamos, que usted actuaba poco menos que por amor al arte.

—En efecto, aunque, insisto, le costará mucho probar mi culpabilidad.

Kirkson terminó su jerez y, dirigiéndose hacia uno de los muros, dio la vuelta a un cuadro que representaba una marina.

Al dorso del cuadro, pegadas en dos hileras, había siete fotografías.

Kirkson miró a Guttenthord, cuyo rostro había palidecido.

—Siete personas recibieron otras siete fotografías análogas, que se

hallan ahora en una carpeta de la Jefatura de Policía —dijo—. Estas que vemos son copias exactas de las que recibieron sus siete víctimas precedentes. ¿No cree que la Policía se sentirá muy interesada en conocer el modo en que estas fotografías llegaron a su poder?

Sobrevino una pausa de silencio. Súbitamente, Guttenthord se puso en pie.

—Creo que necesito otra copa —dijo.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia el aparador de los licores. Destapó el frasco, llenó la copa y bebió la mitad de su contenido.

Kirkson le contemplaba en silencio. De pronto, Guttenthord dejó la copa y, abriendo rápidamente un cajón situado en la parte inferior, sacó una pistola, con la que encañonó a su visitante.

—Voy a matarle —anunció.

Kirkson no dijo nada. Guttenthord prosiguió:

—Diré que creía que se trataba de un ladrón que había entrado a robar. Cuando la confusión quede aclarada, mi abogado habrá conseguido mi libertad fácilmente. Uno tiene derecho a disparar contra cualquier persona sospechosa que haya entrado en su casa subrepticamente... y usted ha admitido usar unas ganzúas!

—En efecto; las tengo en el bolsillo —admitió Kirkson con toda tranquilidad.

—Bien, entonces, ¡váyase al infierno!

Guttenthord apretó el gatillo.

Sonó una fuerte explosión, de un tono raro. Una gran mancha de sangre apareció inmediatamente bajo la mandíbula de Guttenthord.

«Matador» se tambaleó. Su mano aparecía destrozada y ensangrentada.

—La pistola había estallado. Lo comprendió demasiado tarde, cuando ya sus rodillas se doblaban.

La puerta se abrió y el teniente Notling entró en la habitación.

—¡Gary! ¿Qué ha sido eso? —gritó.

Guttenthord estaba arrodillado en el suelo, tratando vanamente de contener el chorro de sangre que brotaba por la yugular seccionada por un casco de metralla.

—Me... me ha matado... —tartajeó, escupiendo sangre.

Y, de pronto, se venció hacia adelante sobre la alfombra. Sus pies se movieron convulsivamente unos momentos, antes de quedarse quieto definitivamente.

Notling volvió los ojos hacia su amigo.

—La pistola reventó —dijo.

—Sí —contestó Kirkson simplemente—. Una desgracia, ¿verdad?

Se dirigió hacia la puerta.

—Registra bien la biblioteca, Jed; encontrarás las pruebas que faltan. El rifle detrás de la enciclopedia, esas siete fotografías, análogas a las que

tienes en la Jefatura, el sobre con las huellas de Richard Case...

Henry, el mayordomo, contemplaba la escena con los ojos desorbitados por el horror. Kirkson pasó por su lado y se dirigió hacia la salida.

* * *

Millard Wabash entró en el *Ryadise*, escrutó el interior del local y, por fin, divisó a Kirkson sentado a una mesa, en el extremo opuesto a la entrada.

Wabash se dirigió hacia él. Kirkson se puso en pie y le estrechó la mano.

—Siéntese, señor Wabash —invitó—. ¿Quiere tomar una taza de café?

—Gracias, tengo algo de prisa —contestó Wabash—. ¿Por qué me ha citado aquí, señor Kirkson?

—Recuerde, soy el representante legal de Joyce Breffat.

—Sí, es cierto.

—Ella vendrá enseguida. Parece ser que quiere abandonar la *Andrews* y contratarse con la *Thord & Wabash*. Discutiremos los términos del contrato y, si le conviene, iniciaremos la redacción del borrador, ¿no le parece?

—Estupendo —contestó Wabash—. Es una chica magnífica y que atrae mucho a los compradores. La *Thord & Wabash* subirá como la espuma y la *Andrews* se irá al cuerno.

—Que es lo que pretendía usted cuando contrató con Comiss el asesinato de Joyce —dijo Kirkson fríamente.

Wabash respingó.

—¡Eh! ¿Qué tonterías está usted diciendo? —barbotó. —Su empresa no marchaba bien, Guttenthord lo dijo.

Pero usted pensó que, puesto que Joyce no quería trabajar para la *Thord & Wabash*, lo mejor sería que no trabase para nadie. Así, la *Andrews* recibiría un duro golpe y, antes de que se hubiese rehecho, su agencia habría ocupado la mayoría de los huecos que la otra había dejado indefectiblemente, en especial, el del jabón *Flashstar*, que representa un suculento contrato de muchos miles de dólares anuales.

—¡No puede probar eso! —exclamó Wabash.

Sin moverse de su sitio, Kirkson dijo:

—Jed, Joyce, hagan el favor de salir.

Con ojos desorbitados, Wabash vio aparecer a Joyce, acompañada de otro hombre, por la puerta de los lavabos de señoras.

Joyce estaba muy pálida.

—He reconocido la voz —dijo—. Es la misma que escuché cuando me estaba retocando aquel día.

—Las voces llegan al lavabo, a través del conducto de ventilación —dijo Kirkson amablemente—. Lo que sucede es que el timbre se distorsiona,

un tanto y, a menos que se esté advertido previamente, resulta difícil reconocerlas.

Wabash tenía la boca abierta de par en par.

—Investigaremos su cuenta bancaria, y también las cuentas de la agencia —añadió Kirkson—. Así encontraremos una extracción de diez mil dólares que... ¿cómo la justificará usted, señor Wabash?

Notling puso la mano sobre el hombro del sujeto.

—Acompáñeme, Wabash —ordenó—. Se le va a acusar de conspiración para matar.

Wabash no tenía fuerzas para resistir. Miró a Joyce, pero la joven desvió la vista a un lado.

Notling le puso las esposas. Los dos hombres se dirigieron hacia la salida.

Joyce tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Creí que era amigo mío —murmuró afligidamente.

—En este mundo, a veces, se lleva uno muchos chascos —contestó Kirkson en tono sentencioso—. Vamos, la llevará a su casa.

Joyce asintió. No dijo nada hasta que Kirkson hubo cerrado la puerta del apartamento.

—Bien —habló el investigador—; el caso está cerrado y usted no se ha convertido en la octava víctima.

Joyce empezaba a recobrase. Sonrió.

—Le debo la vida, Gary. Y también una buena minuta —dijo.

—Se la enviaré por correo. Ya me pagará cuando pueda —contestó Kirkson.

Y se dirigió hacia la puerta.

—¡Espere! —pidió Joyce.

Kirkson se detuvo y se volvió para mirarla. Joyce avanzó hacia él.

—Usted me ha salvado la vida —manifestó.

—Me contrató para eso —sonrió el investigador.

—Sigo estando sola —dijo ella—. ¿No le inspira nada mi situación?

Kirkson la miró fijamente.

—¿Quiere que le pregunte si necesita protección... continua?

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, hágame esa pregunta... pero de una forma más... agradable.

Kirkson cerró sus brazos en torno al talle de la joven.

—Lo que tú quieres es que te pregunte si necesitas la protección de un marido —dijo.

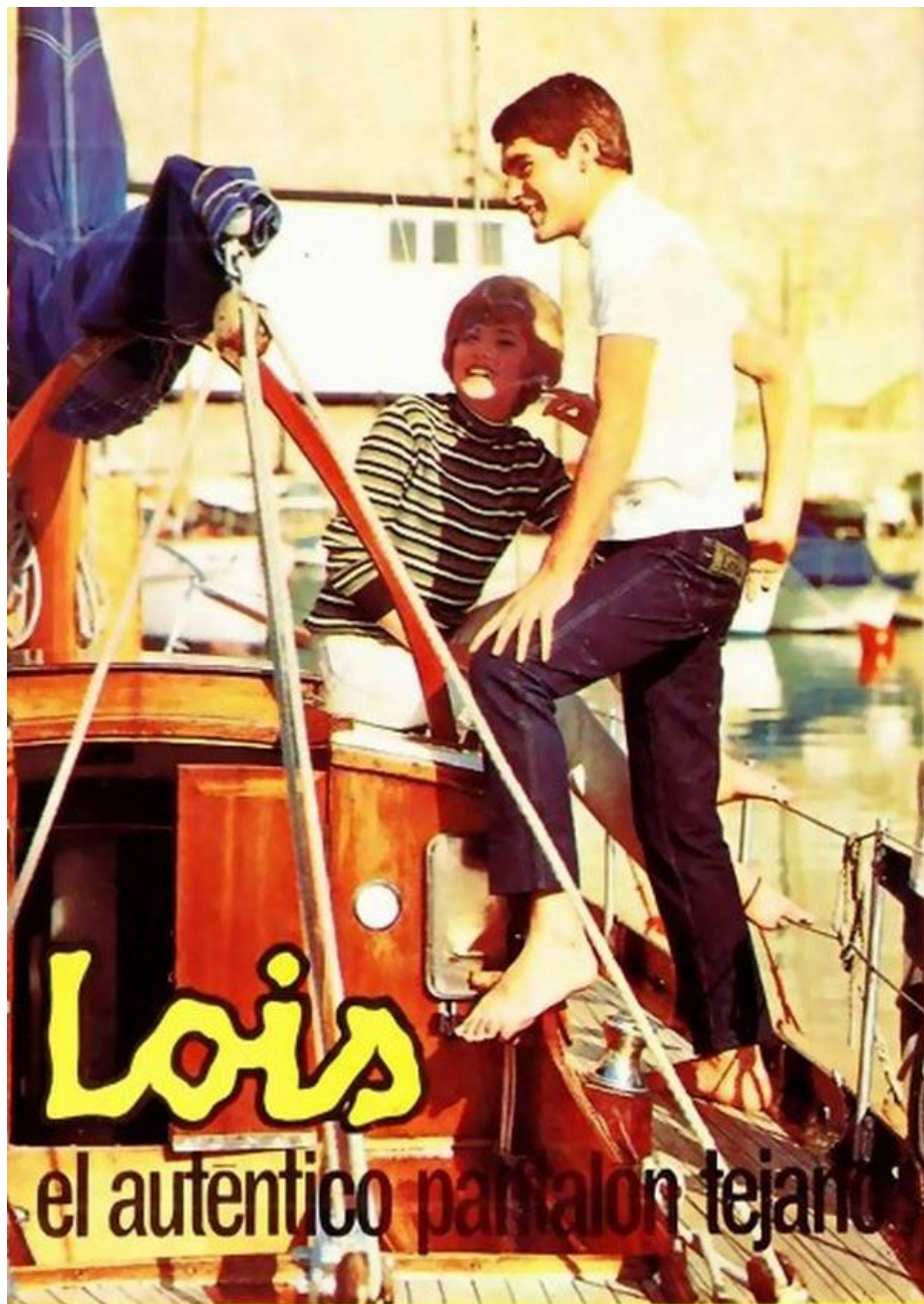
—Estoy esperando la pregunta —sonrió Joyce.

—Hay una manera mucho mejor de formularla que con simples palabras —declaró Kirkson.

—¿Cuál? —preguntó Joyce.

—Esta —murmuró el investigador, inclinándose para besarla.

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.